BX
4700
.R6
V5
1886

DUKE UNIVERSITY LIBRARY
DURHAM, N. C.

Rec'd July 16, 1930
Library Budget
Fund

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Duke University Libraries

https://archive.org/details/vidaedificantede01unse

B

SANTA ROSA DE LIMA

PATRONA DE LAS AMÉRICAS.

VIDA EDIFICANTE

DE LA GLORIOSA

SANTA ROSA

DE LIMA

PATRONA UNIVERSAL DE AMÉRICA, FILIPINAS É INDIAS.

LIMA

CARLOS PRINCE, IMPRESOR Y EDITOR-LIBRERO

CALLE DE LA VERACRUZ, 71

—

1886

985.2
R788D

Á LOS LECTORES

AL celebrarse el tercer centenario de la gloriosa *Patrona de Lima*, nos impele á publicar la milagrosa vida de esta Santa, no el móvil de una mezquina especulación, cosa muy apartada de nuestro ánimo, sino el impulso espontáneo y natural del hombre que, educado en las creencias católicas, quiere contribuir por su parte con un modesto óbolo que aumente el fondo destinado para la reedificación de su Santuario, ya que no es posible que sirva para la celebración de una fecha tan importante, cual es el nacimiento de la virtuosa, eminente y casta ROSA DE SANTA MARÍA.

La religión, fuente de alivio y de grato consuelo para todo ser racional, es la sola y única áncora de salvación para la humanidad; y es por lo tanto ineludible deber de la gran familia cristiana, el solemnizar, con pompa y munificencia, todo aquello que más nos recuerde la virtud y el heroismo, contribuyendo

160638

á la vez al culto de los predestinados, de las nobles almas que, con sus ejemplos de abnegación, muestran y enseñan, palmariamente, la senda que conduce á la eterna y verdadera felicidad. Este deber es tanto más ineludible para nosotros, tratándose de la heróica SANTA ROSA, la cual, con sus extraordinarias virtudes y las señaladas distinciones con que la favoreció el Señor, ha rodeado no sólo al Perú, cuna privilegiada de tan ilustre heroina, sino á la América entera, de señaladísima gloria.

Hemos dicho que está lejos de nosotros la idea del lucro, al emprender el presente trabajo, cuya afirmación comprobamos haciendo presente que, costeados que sean los gastos de esta impresión, lo que rinda después la venta de los opúsculos, será entregado íntegramente al Capellán del Santuario de Santa Rosa, con el fin de prestar así nuestro pequeño contingente para el objeto antes indicado, conmemorando de este modo el enunciado centenario de la preclara y heróica *Patrona de Lima y de América.*

Á lo dicho, debemos agregar, para concluir, que habiendo la Santa nacido en esta Capital y florecido también en ella, no es sólo como católico sino igualmente como amante del suelo peruano, que damos una doble muestra de nuestros sentimientos, al dar á luz esta publicación.

El Editor.

INTRODUCCIÓN

ESTÁ fuera de duda que los buenos ó malos ejemplos contribuyen, en gran parte, á la salvación ó perdición de las almas; por eso repetiremos con el P. Fr. Domingo de Soria, célebre escritor del siglo pasado: «Las historias son los más poderosos ejemplos para mover los ánimos de las criaturas á su gloriosa imitación. En ellas se ven grabadas las heróicas acciones de sus antepasados y, mudamente, aunque con admirable elocuencia, les hablan á sus corazones, para que sigan la misma conducta, y lleguen á coronarse de gloriosos triunfos. Á este fin usaron los antiguos el grabar ó imprimir, ya en láminas de bronce, bien en tapices ó lienzos, los más famosos hechos de aquellos héroes, que con su incomparable valor consiguieron admirables conquistas, para infundir, de este modo, valor y espíritu á los que viesen con atención dichas

16063

empresas. Con el propio intento, y por especial providencia del Altísimo, se han escrito las vidas portentosas de los Santos, y aun se mandaban leer antiguamente en presencia de los cristianos, para que se esforzasen á imitarlos, padeciendo martirios, y dar la vida por la fe de Jesucristo.»

Axiomático es lo que ha repetido cierto escritor sagrado contemporáneo: «No hay lugar en que afianzase la Iglesia con más solidez su imperio, y operase prodigios más portentosos, que en esta parte del Nuevo Mundo. El clero regular del Perú, ha sufrido más que el secular. Una corriente serie de ilustración y de santidad llena sus tradiciones en los tiempos pasados, y alienta la esperanza de que en el porvenir pueda levantarse, esta parte tan interesante de la Iglesia peruana, á la altura que le corresponde, por medio de una reforma saludable, edecuada á las necesidades de su estado presente.»

Así lo pensamos nosotros.

Por lo que respecta á publicar, por estos tiempos, la vida de algún Santo, no se nos oculta la gran dificultad que hay para ello; pero sin esa dificultad, nuestro mérito sería ninguno; donde no hay lucha no hay triunfo; Dios hizo las tinieblas para que conociéramos el mérito de la luz; sin los nevados Andes, pálidos y de poco valor nos parecerían los rayos del sol. «*Lucha tendrá la Iglesia Católica, pero de esa lucha siempre saldrá triunfante,*» ha dicho un padre santo; y San Marcos, en el capítulo XIII versículo 31, dice: «*El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán;*» por eso, á pesar de su temor, Teodoreto escribió la vida admirable de San Simeón Stylita.

Apropósito de esto, ha dicho un virtuoso y habilísimo sacerdote contemporáneo: «¿Si Teodoreto podía expresar estos temores en los tiempos del fervor del Cristianismo, cuánta mayor debe ser la perplejidad en que se halle el hagiógrafo que se propone lanzar en medio de los descreídos *libres-pensadores* del siglo XIX, la relación de la prodigiosa existencia de humildes criaturas que vivieron y florecieron en Lima en los siglos pasados y presente.»

El Cristianismo del siglo XIX, rara vez tiene que temer la renovación de las sangrientas persecuciones de los primeros siglos; pero en cambio, tiene que soportar sacrificios incruentos, quizás más dolorosos. Hoy á todos los que saludamos y nos rodean, les oímos decir que son cristianos; y sin embargo, esos mismos y no otros son los perseguidores de los cristianos verdaderos. Ellos se llaman cristianos; pero es porque consideran á Jesucristo sólo como jefe de la más sublime escuela de filosofía, más no porque lo crean Dios, ni divina la sociedad que dejó encargada de continuar su obra. Para ellos no hay sino razón y naturaleza, y manifestaciones más ó menos sorprendentes de una y otra. Lo sobrenatural no es para ellos sino lo desconocido, y en manera alguna, lo que está fuera de la naturaleza y que Dios realiza cuando le place. Así es que cuando nos presentamos ante ese mundo naturalista, diciéndole: «HÉ AQUÍ LA VIDA DE UN SANTO,» esto es, hé aquí lo sobrenatural encarnado en un mortal, en uno de nuestros hermanos, ese mundo nos responde con una descomunal carcajada: «Lo sobrenatural!, los Santos!, exclama: leyendas de las *Mil y una noches*, que la Iglesia cuenta al pueblo ignorante y fanático, para

continuar explotándolo! Gracias á Dios, que estamos en el siglo de la luz y la emancipación, y no hemos de ser víctimas de tales supercherías!»

Sin embargo, á pesar suyo, se encuentran con lo sobrenatural en todas partes, en las obras prodigiosas de Dios y en la maravillosa manifestación de los espíritus de que están rodeados.

«Aunque las vidas de los Santos, continúa el sacerdote antes citado, no se escriben para los incrédulos, que no admiten la existencia de otro horizonte más allá del que pueden divisar sus ojos, y antes bien, se dirigen á los fervientes cristianos, que saben por experiencia cuán reales son los prodigios que la gracia puede operar en las almas; sin embargo, sea para que estos sepan refutar los argumentos de aquellos, ó para convencerlos directamente, creemos conveniente hacer aquí algunas reflexiones acerca de la vida de los Santos.

»La historia de los Santos es la historia de lo sobrenatural en el mundo y la más irrecusable demostración. Los diversos prodigios que llenan la vida de esos prohombres del Cristianismo, son de tal carácter, que no pueden atribuirse sino á la acción de un principio superior á la naturaleza, es decir á Dios, el cual se complace en revelarse de un modo especial, por medio de ciertas criaturas privilegiadas. Estos prodigios se cuentan á millares en todos los siglos y en donde quiera que florece el Catolicismo: en las grandes capitales como en los desiertos; en la corte más espléndida como en la humilde morada del negro ó del indio; en el hogar doméstico como en el retiro del claustro; en una palabra, donde quiera que Dios divisa una alma fiel, allí se complace en

manifestarse con todo su poder y con todas las bendiciones de su dulzura. Recórrase sinó el Martirologio Romano, y se verá que la santidad es una planta cosmopolita, que se desarrolla bajo todas las latitudes con igual lozanía, donde quiera que arroje sus semillas la Iglesia Católica, y las riega con las corrientes de gracia que circulan por sus sacramentos.

»Sin embargo, el mundo se obstina en negar lo sobrenatural; pero parece que mientras más huimos de él, mas nos persigue, nos abruma, nos ahoga, por decirlo así, de manera que, de grado ó por fuerza, tenemos que convenir en que lo sobrenatural es la atmósfera de nuestras almas. Tan cierto es esto, y tan fatal la necesidad que nos impele á buscar algo más allá de la naturaleza y de la fría razón, que aquellos que más se obstinan hoy en negar lo *sobrenatural divino*, han caído en el abismo de lo *sobrenatural diabólico*, esto es, en el espiritismo. ¡Cosa sorprendente!, los libres-pensadores se burlan de las visiones, éxtasis, milagros y profecías de los Santos, al mismo tiempo que creen con fe infantil, en la lucidez, doble vista y predicciones de los *mediums* espiritistas ó somnambulistas.

»Pero descendamos de lo general á lo particular, y veamos si tienen razón los incrédulos para negar *a priori*, todos los fenómenos sobrenaturales que se observan en los Santos.

»El Hombre-Dios nos dice estas palabras en su Evangelio: «*Hé aquí los prodigios que harán los que en mí crean: con sólo nombrarme arrojarán los demonios, hablarán idiomas desconocidos, harán inofensivas á las serpientes, quitarán su fuerza al veneno, y con la mera*

imposición de sus manos sanarán á los enfermos.» El mismo Salvador, al dar á su Iglesia la fe por herencia, le ha prometido que esa FE VIVA tendría siempre poder para trasportar los montes con una sola palabra, para hacer aun mayores milagros de los que Él mismo habría hecho. Estando, pues, prometido este poder á la fe, como quiera que esta ha de durar hasta la consumación de los siglos, es indudable que el germen de este poder sobrenatural se conservará en la Iglesia en todas épocas.

»Pero los que, á pesar de que no quieren dejar de llamarse cristianos, niegan la existencia de los milagros y demás manifestaciones sobrenaturales, no se hacen cargo de que su negación es de tal trascendencia, que importa nada menos que la negación del carácter divino de Jesucristo, de su Evangelio y de la historia de su Iglesia.

»En efecto, la divinidad de Jesucristo y de su Religión no se ha impuesto al mundo sino mediante innumerables milagros y carismas, los cuales, una vez aceptados, no hay por que negarse á creer que, en la serie de los siglos, se cumpla la promesa hecha por el Salvador á sus fieles siervos, de que harán aun mayores prodigios que Él mismo. Se puede negar la realidad de tal ó cual milagro; pero negar en general que los Santos de todos los siglos hayan hecho milagros, es negar las promesas de Jesucristo, y que la Iglesia sea una sociedad divina, perpetuamente asistida por el Espíritu Santo. Desde que se niegan los milagros, los Santos aparecen como una asociación de culpables, que, en diez y ocho siglos y por todo el mundo no han tenido más plan que el de *embaucar* y *mistificar* á la candorosa humanidad.

»Pero prescindiendo de hacer otras reflexiones, así como en las demás objeciones que se han hecho siempre contra la posibilidad y existencia de los milagros, consideremos por un instante el argumento capital que la crítica contemporánea hace contra la realidad de los milagros, por medio de uno de sus más célebres representantes, Mr. Renán, que, con toda la turba que le hace coro, dice: «El milagro no »se puede aceptar, porque jamás se ha realizado en »condiciones tales, que fuese posible á la ciencia el »comprobarlo y cerciorarse de su realidad; y en úl»timo caso, *quien sabe* si más tarde los progresos de »la física, de la química y la fisiología nos llegarán »á demostrar, que, lo que antes pasó por un prodi»gio, no es sino el resultado de una mera ley de la »naturaleza.»

»Así se expresan los titulados sabios y críticos del siglo, que, para justificar su incredulidad, quieren relegar la certidumbre histórica al fondo de las academias y que se halle monopolizada por las comisiones científicas. ¿Por ventura, preguntaremos con un apologista de nuestros días, no hay en este orden de fenómenos una certidumbre moral, que se impone á los filósofos lo mismo que al pueblo? ¿No existe, para juzgar tales cosas, el tribunal de la razón popular, en el cual el buen sentido vale tanto como la ciencia, y á veces dá el fallo más imparcial que los mismos sabios? ¿Cómo, para estar cierto de que un cadáver es cadáver, se necesita indispensablemente la intervención de los sabios? ¡Oh! no; para esto no se necesita ser un gran fisiologista: basta tener ojos y sentido común.....

.....»

Bien, pues, á más de lo dicho, si en esta obra usamos de las dicciones de santidad, revelaciones, visiones, apariciones, milagros, etc., etc.; es porque así aparece del proceso original comprobado por la Sagrada Congregación de Ritos, al respecto de SANTA ROSA. Y sobre la Santa, nada tenemos que agregar, porque ella vive y reina como tal en el seno de la Iglesia Católica, debido á sus virtudes y heróicas obras en este valle de penas y de lágrimas.

Daremos fin recordando las palabras del Libro de la Sabiduría, en su capítulo V, versículo 16:

Mas los justos, viviendo para siempre,
Tendrán por recompensa de sus obras
Al mismo Dios que vive eternamente.

Justi autem in perpetuum vivent et apud Dominum est merces eorum.

VIDA EDIFICANTE

DE LA GLORIOSÍSIMA

SANTA ROSA DE SANTA MARÍA

SOBRE el límpido azul del firmamento de esta clásica tierra, como tan propiamente le llama un virtuoso sacerdote, lució en el último tercio del siglo XVI, un astro luminoso, guía segura, hasta hoy, que ha conducido á la mansión celeste muchísimas almas enardecidas en el amor de Dios; ese astro, que es una estrella de primera magnitud, tiene por nombre ROSA DE SANTA MARÍA.

ROSA y de MARÍA, es como decir, esencia, perfume de la gloria; nítida perla del océano del Cielo, porque María es la madre del Cielo, como lo es de

todo lo creado y aun del Increado; desde Jesucristo de Nazareth, suprema perfección, hasta el átomo ó corpúsculo imperceptible que Dios sacó de la nada.

María, madre de Dios, crió en su jardín ameno de pureza y santidad, á Rosa, dándole su nombre; y Rosa fué y no dejará de serlo por los siglos de los siglos, el áncora de salvación, el *refugium pecatorum*, el consuelo, el orgullo, la esperanza de todos los que viven y nacen sobre esta tierra peruana.

Lima, su Metrópoli, ha sido justamente más célebre por su piedad que por su opulencia, desde que rayó en ella la luz del Evangelio. Á los pocos años después de su conquista, florecían ya en su privilegiado suelo innumerables personas de ambos sexos, que, en los claustros y fuera de ellos, se admiraron como dechados de la más sublime perfección. Santa Rosa es la prueba evidente de lo que acabamos de decir.

Pasemos, pues, á narrar su vida, tomándola de la fuente más pura, de los hechos comprobados y evidenciados en el largo período de trescientos años.

✠

Isabel Rosa de Santa María nació en Lima el 30 de Abril de 1586. Algunos autores afirman equivocadamente que ha nacido el 20 de dicho mes; pero en la sumaria sobre su vida, virtudes y milagros para impetrar su beatificación, (que existe original en la secretaría arzobispal de esta Metrópoli de Lima), la primera pregunta del interrogatorio rueda entre otras cosas que abraza, sobre ¿si es cierto que esta niña nació el último de Abril de 1586? Su madre dijo que era cierto que nació el día *postrero* de Abril de dicho año, á eso de las cuatro de la tarde: uno de sus hermanos dijo lo mismo, agregando que le constaba que en un libro en que su padre apuntaba los nacimientos de sus hijos, decía que Isabel (que

así se llamó al principio), nació el último día de Abril. Los demás testigos se refieren también al dicho de su madre (*).

✠

Su padre fué Gaspar Flores (**), y su madre María de la Oliva, nacido aquel en la isla de Puerto-Rico, y esta en Lima. Su casa fué lo que es hoy su Santuario y parte del claustro, cuatro cuadras abajo de la plaza principal. El lugar de su nacimiento fué donde estaba antes colocado, en un retablo viejo, el crucifijo conocido desde tiempo inmemorial con el nombre del *Señor de los Favores*, y que después se halló ocupado con un retablo dorado donde estaba colocada una efigie de la Santa, y debajo de la mesa el cajón en que estuvo guardado su cadáver hasta su beatificación, en frente de la entrada que hay de la portería para dicho Santuario (***).

✠

Se bautizó el 25 de Mayo, Domingo de la Pascua del Espíritu Santo, en la parroquia de San Sebas-

(*) Se concibe que la equivocación del día del nacimiento de Santa ROSA, viene desde la relación que hizo de esta Santa el Excmo. Cardenal Azzolino, el día 15 de Setiembre de 1663, donde dice que ROSA nació el día 20 de Abril, como puede verse en el P. M. Fr. Leonardo Hansen, en el Cap. XXXII, bajo el Núm. 11, y desde entonces continuó la equivocación para todos los que han escrito sobre esta vida prodigiosa. Así, pues, se convence que nacló ROSA el 30 de Abril de 1586, día de su madre y maestra espiritual Santa Catalina de Sena.

(**) Vino al Perú en 1548, de edad de 23 años, y luego casó con doña María de la Oliva, en quien tuvo once hijos. El Virrey D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, cuando creó en 9 de Marzo de 1557, la compañia de arcabuceros de la guardia del reino, le nombró individuo de ella. Falleció de más de cien años de edad.

(***) Anteriormente el edificio del Santuario del convento de Santa ROSA era convento de Dominicos y tenía dos iglesias: una exterior, que pertenecia á esa orden, y otra interior erigida en el mismo sitio en que nació la gloriosa Patrona de Lima, y en la cual se encuentran preciosísimas reliquias de la Santa. La casa en que nació y vivió esta esclarecida limeña, en unión de sus padres y hermanos, era de la propiedad de D. Pedro Valladoli, el que en 1669 la vendió á D. Andrés Vilela, para edificar el Santuario.

tián, con el nombre de ISABEL, por complacer á su abuela materna Isabel Herrera (*). En la partida de bautismo, declaró su madre que en la preñez y parto de esta dichosa niña, no tuvo las fatigas ni dolores que experimentó en los de sus otros hijos.

Á los tres meses de nacida nuestra Santa, la criada que la mecía para ver si se había dormido, le descubrió el rostro, y viéndolo como una rosa, llena de alegría llamó á otras muchachas de la casa, quienes al verla hicieron muchas demostraciones de admiración, que notó su madre desde otro cuarto en que se hallaba; y entrando curiosa al de la cuna, advirtiendo que su hija estaba como una rosa, por entre cuyas hojas se divisaban los lineamentos del rostro, la estrechó entre sus brazos haciéndola muchas caricias, diciéndole muchas expresiones propias de una tierna madre, y prometiéndole no llamarla en adelante con otro nombre sino con el de ROSA, con cuyo nombre fué confirmada en el pueblo de Quive, por el ilustrísimo Sr. Santo Toribio, teniendo á la sazón la edad de once años (**).

(*) El párroco asentó la partida con algunas letras menos, como la trae Meléndez en sus "Verdaderos Tesoros," tom. II, pág. 179; mas algún sacristán ú otro devoto indiscreto, por el poco cuidado que hay con un libro parroquial tan precioso, por componerla la ha desfigurado, y muy mal.

(**) El pueblo de Quive está situado en la provincia de Canta, á más de quince leguas de Lima: al principio de la conquista su población ascendia á más de tres mil almas, y poseia ricos minerales, para cuyo beneficio se habian formado fábricas, molinos é ingenios, descubriéndose aun sus ruinas. El estado de opulencia en que se hallaba el pueblo de Quive, en aquella época, proporcionó al padre de Santa ROSA, un destino de administrador de una boyante mina que producia metales de plata; al efecto, llevó á toda su familia á dicho pueblo, donde permanecieron durante tres años, desde 1597 hasta 1600. En el referido año de 1597, el Iltmo. Sr. Arzobispo Santo Toribio emprendió la segunda visita de la diócesis, y detúvose una mañana en Quive para administrar á los fieles el sacramento de la confirmación: pero el párroco habló al digno prelado de la ninguna devoción de sus feligreses, de lo mucho que trabajaba para apartarlos de la idolatria, y que, á pesar de sus exhortaciones, ruegos y amenazas, escaso fruto obtenia. Afligiose el Arzobispo de recibir informes tales, y encaminose á la capilla del pueblo, donde sólo encontró dos niños y una niña que, llevados por sus padres, recibieron la confirmación. La niña era Isabel Flores ó Santa ROSA de Santa MARIA. Con ánimo abatido salió Santo Toribio de la capilla, convencido de

Llegada SANTA ROSA á la edad de reflexión, y sabedora del caso referido, entró en escrúpulos, ya porque ISABEL la llamaron en el bautismo, y ya porque ROSA era un nombre singular, que le ocasionaría la atención del mundo, de lo que tanto huía. Con estos desasosiegos, ocurrió á implorar la luz y quietud de su corazón á los piés de la Virgen del Rosario, cuya imagen se venera en la iglesia del convento de Santo Domingo; y la Soberana Señora no sólo le confirmó el nombre de ROSA, sino que le dijo: que desde aquel día agregase por apellido el suyo, esto es, que se llamase ROSA DE SANTA MARÍA, señal evidente del afecto que le tenía y de la singular protección con que la miraba desde la cuna.

✠

Desde entonces fué iluminado su entendimiento y encendido su corazón del santo amor, de manera que, despreciando todo entretenimiento pueril, contra la costumbre de su edad, se dedicó enteramente á la oración, á la penitencia, al ayuno, á la disciplina, al cilicio y á todo ejercicio de piedad. Inspirada de Dios, y á ejemplo de Santa Catalina de Sena, hizo voto de perpetua virginidad, consagrándose toda con todos sus pensamientos y afectos á Jesús, como á su Esposo muy amado. Aborrecía todo lo mundano, despreciaba toda vanidad, huía de toda conversación, en suma, no obraba ni vivía sino en Dios y para

que la idolatría había echado raíces muy hondas en Quive, cuando entre más de tres mil almas, sólo había encontrado tres familias de sentimientos cristianos. No se sabe con certeza los motivos que ocasionaron la destrucción y abandono del pueblo de Quive, pero es tradición entre los habitantes de las inmediaciones, que cuando estuvo Santo Toribio de tránsito allí, hicieron escarnio de él los muchachos, y que, en castigo, pronosticó la ruina del lugar, sin poderse reedificar, porque jamás excedería el número de personas á más de tres, muriendo el exceso; es tanta la fe que tienen en esto, que no se avecinda allí ningún indígena, pues dicen estar seguros del pronóstico. Lo cierto es, que hoy, Quive no puede ni llamarse aldehuela, pues allí sólo viven dos familias de indios, al cuidado de un tambo y de la posta para el servicio de los viajeros que se dirigen al Cerro de Pasco,

Dios. Pero á fin de que no le faltasen á esta Rosa sus espinas, permitió el Señor que la niña sufriese contradicciones de parte de su madre, hermanos y demás parientes, quienes todos de acuerdo intentaron, primero con caricias, luégo con amenazas y golpes, apartarla del camino de la virtud: habrían querido que ella caminase por el sendero ancho del mundo, esto es, con los adornos de la vanidad y con las composturas del lujo.

Se admiraban en ella desde entonces, dotes naturales tan excelentes, como hermosura, gracia, prudencia, amabilidad, viveza de talento, y todas las demás cualidades que hacen estimable á una niña, que todos los parientes, y especialmente la madre, esperaban encontrar para ella y para la familia, partidos muy ventajosos de matrimonio, y por eso se valían del arte y de la fuerza para distraerla de su devoción y piedad. Una señora viuda, muy rica y noble, ajustó con la madre de nuestra Santa el matrimonio de un hijo único que tenía; mas, propuesto el contrato á Rosa, se negó explícitamente á ello, por estar entregada su virginidad al Dios de toda pureza; de donde se originaron las persecuciones de su madre y demás familia. Su madre, sobre todo, la maltrató muchas veces, y no había día que de palabras no la injuriase, llamándola hipócrita, testaruda, soberbia; hiriéndola severamento para reducirla á abrazar aquellas vanidades tan procuradas de otras, y de ella tan huídas. Mas, cuando vió la madre que los golpes y maltratos de nada servían, pensó que el solo precepto de obediencia bastaría, y en efecto fué así, porque muchas veces la mandó bajo de obediencia que se pusiese adornos mundanos, y ella obedecía humildemente; pero bajo de estos adornos acomodaba tan bien los instrumentos de tormento y mortificación, que lo que á otros parecía instrumento de vanidad, no era en verdad para ella sino martirio. Tal fué una guirnalda de flores que la madre le mandó

que trajese sobre su cabeza: la niña lo hizo, pero puso escondidos algunos alfileres que le traspasaban las sienes. Mil de estas ingeniosas invenciones se podrían puntualizar, con las cuales el espíritu de Rosa á un mismo tiempo satisfacía á la obligación de obedecer á sus padres, ejecutando lo que le mandaban, y cumplía con la obediencia debida á Dios, padeciendo por Él las penas y tormentos que se sirvió inspirarle.

Triunfó, en fin, la constancia de la hija sobre la indiscreta importunidad de la madre, por haberle impuesto á esta su confesor, que supuesto que el Señor llamaba á Rosa por aquel camino, la dejase vivir á su modo, sin inferirle violencia, ni inclinarla por fuerza á la vanidad, de la cual se veía tan ajena. Obedeció la madre, y ya no tentó más á la hija con esos adornos del mundo, dejando que viviese pobremente, sin asomo de lujo ni de vanidad.

Desde la edad de seis años, Rosa dió principio al ayuno que siempre observó hasta el último día de su vida, á solo pan y agua, en tres días de la semana: no contenta con esto, algunos años después hizo voto de no comer carne, á menos que se lo mandasen sus padres ó los médicos con precepto formal. Advertida la madre del rigor de estos ayunos, la reprendió con injurias, calificándola de homicida de sí misma; y á fin de impedirle esos ayunos, le ordenó que en la comida se viniese á la mesa con los demás de la familia. Rosa obedeció desde luego, mas como hubiese alcanzado el permiso de prepararse ella misma los alimentos, mezclaba en ellos algunas yerbas muy amargas, y á veces les agregaba ceniza ó un poco de hiel; lo que no fué descubierto por la madre durante mucho tiempo, pues ponía sumo cuidado en ocultar sus mortificaciones. Sin embargo,

habiéndose después enterado de ello la madre, se enfureció contra Rosa, y la maltrató é injurió sobre toda ponderación; y no bastando esto para superar la invencible constancia de Rosa, al fin fué preciso que la madre cediese, y á instancias del confesor la dejase ayunar como quisiese. Desde entonces Rosa redobló sus abstinencias y se determinó á hacer un ayuno continuo, no alimentándose sino una vez al día con un poco de pan y agua, á lo más. Los Viernes, como en toda la Cuaresma, en honor de la Pasión del Señor, para más mortificarse, se privaba de este poco alimento, y en su lugar comía solamente cinco semillas de naranja, meditando en ellas el amargo de la hiel y el número de llagas del Redentor.

Hubo quien observó que dos veces con un solo pan y con un vaso de agua se mantuvo, sin otra cosa, por el espacio de cincuenta días, y lo que admiraba era el ver que cuanto más estaba sin comer, tanto más fuerte y robusta se la veía. Esto no debe causar admiración; pues que el Señor, que había concedido esta gracia de vivir milagrosamente sin comer á Santa Catalina de Sena su Maestra, que así la llamaba, quiso también concederla á su discípula, para hacer ver al mundo que en los favores del cielo no era ésta inferior á aquella.

✠

El rigor con que atormentaba su tierno cuerpecito con azotes, cilicios y cadenas, es casi increíble. Todas las noches se levantaba de la cama secretamente, y dirigiéndose al jardín se paseaba en él largo tiempo, á pie descalzo con una cruz muy pesada; y á imitación de su padre Santo Domingo, tomaba tres veces al día disciplina de sangre con cadena de hierro, y con esta misma ceñía estrechamente su cintura.

✠

Para su penitencia, usaba varias cruces. Tenía dos para sus Vía-Sacras, las que están tan menoscabadas por la devoción indiscreta, que ya no tienen cabeza (*). Otra de madera de alerce de cuatro dedos y medio de largo y tres de ancho, con sesenta y siete puas agudas de hierro bien fijas; es la que traía colgada del pecho por cilicio, y de la que no hacen mención los escritores de su vida, siendo la principal, pues sólo su vista horroriza y confunde nuestra flaqueza (**). Otra también de madera, un poco más delgada que la anterior y sin puntas de hierro, que sería la que usaba, tal vez, por orden de su director cuando estaba enferma (***). Por último, la cruz grande en que se crucificaba para espantar el sueño, la que tenía escarpias en los brazos y otra en la cabe-

(*) No contenta ROSA con su retrete que hizo en la recámara de su madre, superando muchas contradicciones de ésta, con el favor de su divino Esposo y de su Santísima Madre del Rosario, únicos consuelos en todas sus necesidades, fabricó otro, ayudada de un hermano, en el platanal de su huerta, con el ámbito de sólo cinco piés de largo, cuatro de ancho y seis de alto, en cuya estrechez cabia muy bien con su dulce Esposo. Existe este cuartito al lado del Evangelio, un poco detrás del altar de su Santuario; y lo que más admirable es, que, en un lugar donde la polilla no perdona aun los cedros, se mantenga incorrupto su techo compuesto de carrizos y pedacitos de tablas de sauce tan propenso á la carcoma. En este aposentito se hallan depositadas las dos cruces que le servían para sus Via-Sacras, como asimismo la silletita en que se sentaba para hacer sus labores. También está allí inclusa la puertecita de madera del mismo cuartito, que cuando la aforraron con rejas de plata, la arrancaron por desahogar un poco más la entrada, que cubre otra puertecita del mismo aforro; y aunque la llavecita de dicho cuartito, que manejaba la Santa, estaba colocada en un altar en el Santuario de abajo, ya no existe; porque un devoto ladrón se la llevó, y para que no se advirtiese el robo, la sustituyó con otra, que se ha cotejado y que desdice totalmente de su chapa, en tamaño, grueso y guardas, por lo que se ha desechado.

(**) Esta cruz estaba colocada antes en un nicho, junto á la entrada de la sacristía del Santuario; y ahora se ha puesto más abajo dentro de un relicario de plata dorada en el nuevo altar del Corazón de Jesús, en el hueco triangular que forma el óvalo al lado de la Epístola.

(***) Esta cruz se hallaba colocada antes en el Santuario de abajo, en el altar del Señor Crucificado, y ahora se halla depositada en su relicario de plata dorada, al lado de la antecedente.

za, y la que estaba afianzada en alto contra la pared; luego que le acometía el sueño se agarraba fuertemente de los clavos y quedaba colgada en el aire, con cuyo peso sentía un fuerte dolor en los brazos y en todas las coyunturas, que se hallaban en estado violento: de este modo rezaba el Oficio Parvo, y cuando bajaba hacía su oración. De tal postura y su continuación se le hicieron callos en las palmas de las manos (*).

Fueron tantas y tan repetidas las mortificaciones y disciplinas que Rosa se infligía, que le resultaron llagas crueles, que la pusieron una noche en estado de agonía.

✠

En los primeros años cubría sus espaldas, pecho, brazos y muslos, con manojos de ortiga y de espinas, hasta que habiéndosele dado un cilicio bien riguroso, luego se lo puso desde el cuello hasta las rodillas; y pareciéndole todavía muy delicado, acomodó, en sus cavidades ó claros, gran cantidad de espinas y alfileres, con tal firmeza, que no quedaba nudo que no fijase bastante su armadura. Este cilicio lo llevó la Santa, durante mucho tiempo, hasta que sabiéndolo su confesor, se lo prohibió, por su demasiada rigidez y crueldad.

✠

Á este cilicio se juntaba la corona de espinas; pues nuestra Santa, como era Rosa, no podía hallarse sin espinas. Y para imitar á su divino Esposo, dispuso una corona de estaño, asegurándola con cordeles y unos pequeños clavos por la parte que tocaba á la cabeza; pero como no se aprisionaba bien, por la flexibilidad del metal, mandó hacer una planchuela de plata de media vara, poco más ó menos, de largo

(*) Esta cruz está actualmente en el Monasterio de Santa Rosa.

y de un dedo de ancho, con tres órdenes de puas del mismo metal, muy agudas y bien soldadas: cada orden con treinta y tres puas, en memoria de los años del Redentor; de manera que la corona tenía noventa y nueve puas. Se la puso con mucho regocijo; pero como el cabello impidiese que encarnase bien, se lo cortó, dejándose sólo un poco de pelo para cubrir la frente, que era la parte que no podía cubrir la toca que usaba: esto lo hizo con tanta cautela, que su director ignoraba esta circunstancia rigurosa, hasta que un día que su padre perseguía á uno de sus hijos para corregirle una travesura, este se acogió á su hermana, y el padre alargó la mano al tiempo que Rosa volvió la cabeza y recibió en ella toda la fuerza del golpe, penetrándole en la sien izquierda todos los clavos, cuyas heridas cubrieron su rostro de sangre, y mucho más su alma de vergüenza, por verse descubierta. Se retiró con disimulo á limpiarse; pero su madre, que lo advirtió, fué á su retrete, y la mandó destocarse. Obedeció Rosa, y al ver su madre aquel espectáculo, enmudecida y reprimiendo con impulso su natural desagrado, la lavó y curó las heridas; y luégo hizo llamar al rector del colegio de la Compañía de Jesús, para que, como director de su hija, la moderase aquella penitencia. Vino en efecto, é impuesto del caso, pidió la corona á Rosa, que se la entregó. Y admirado el padre rector de tal tormento, tomó una lima y embotando las puntas agudas, la amonestó diciéndola que los cilicios no son cuchillos que cortan, sino limas que desbastan. Y devolviéndole la corona, se despidió, dejando á la madre contenta con la corrección, y á la hija mucho más, con la restitución de su corona, que ya la creía perdida. (*)

(*) Parte de esta corona existe hoy en su Santuario, y es de sólo una cuarta y tres dedos escasos, en cuyo ámbito hubieron cincuenta y tres puntas; y al presente faltan veintiuna, según los agujeros que acusan estos robos nacidos de una imprudente devoción. Estaba colocada antes en un nicho junto á la entrada de la sacristía, y hoy se

✠

Habiéndola su confesor prohibido también que se disciplinase con cadena, por hallarse muy enferma, se abstuvo de esta mortificación, y doblada se la ciñó á la cintura con un candado, cuya llave arrojó donde no la volviese á recuperar. De esta penitencia le resultaron llagas muy crueles que, la pusieron en tal estado de desfallecimiento que, una noche parecía estar en agonías. Á sus quejidos ocurrió una criada de la casa nombrada Mariana, á quien descubrió su apuro para que viese modo de aliviarla; mas no habiendo llave para abrir el candado, arbitró la criada ir por una piedra, para ver si golpeándolo brincaba el pestillo. Entre tanto la afligida Rosa, más porque no se enterasen su madre y demás familia de su penitencia, que por los dolores que sufría, se puso en oración, la que, como llave maestra que abre los cielos, abrió tambien el candado; pues al volver Mariana con la piedra, así ésta como Rosa oyeron el estallido con que reventó ó brincó el pestillo por sí solo.

Convalecida un poco Rosa, volvió á ceñirse la cadena, por lo que su confesor se lo prohibió, ordenándole que se la remitiese á su celda; lo que obedeció, enviándola muy envuelta con el hermano sacristán del convento de Santo Domingo, quien creyendo, por el peso, que fuese alguna alhaja de mucho valor, la desenvolvió, movido por la curiosidad, y halló mucho menos de lo que pensaba, pero también mucho más de lo que podía pensar, porque encontró no cadena de oro ni diamantes, sino de hierro engastada con rubies, pues esmaltaba sus eslabones

halla más abajo del altar nuevo del Corazón de Jesús, donde, para que se admire como permanece esmaltada con las manchas de la sangre de ROSA, se ha colocado en la coronación del cuadro de la Santísima Virgen de Belén. La otra mitad de esta corona está en el Monasterio de Santa Catalina.

la sangre preciosa de la inocente ROSA, en cuya comparación todas las riquezas del mundo son de ningún valor (*).

✠

Si el ingenio sagacísimo de esta Santa Virgen inventó tan bellas maneras de padecer con tanto exceso cuando despierta, no fueron inferiores sus invenciones para padecer extremadamente cuando dormía. Desde niña, y durmiendo con su madre, esperaba que esta tomase el sueño, y luego quitando cautelosamente aquella parte de colchón en que estaba acostada, quedaba sobre las tablas desnudas, sirviéndose por cabecera de un tronco, de un adobe ó de una piedra, que al efecto tenía escondidos debajo de la cama. Advertida de ello la madre, la gritó, la injurió y azotó malamente; empero, á los ruegos humildes de ROSA, le permitió que durmiera sola, con tal que no se acostase sobre las tablas desnudas, sino que pusiera una gruesa cobertura bajo de su cuerpo, y la cabeza sobre las almohadas; sin embargo de que ella obedeció en uno y otro, no por ésto era su dormir menos penoso. Entre la cubierta y las tablas, sembró piedras menudas de punta, y llenó la almohada de espinas y juncos marinos, y sobre esta áspera cama hacía descansar por la noche sus miembros fatigados, débiles y delicados. Diez y seis años perseveró en dormir de esta manera, hasta que al fin, por la enfermedad que le sobrevino y por la obediencia al confesor, mitigó estos rigores.

✠

La distribución de las horas y de sus ejercicios era ésta—Oraba doce horas cada día: diez horas tra-

(*) Después de la muerte de Santa ROSA, existian algunos eslabones de esta cadena en poder de su protectora doña María Usátegui; mas no se sabe la suerte que hayan corrido después. y actualmente sólo un eslabón existe en el Monasterio de Santa ROSA.

bajaba, manteniendo y sustentando con la labor de sus manos á su pobre familia, que constaba de su abuela materna, su padre, madre, diez hermanos entre hombres y mujeres, y la criada Mariana; de suerte que, á lo menos, quince personas se mantenían de la labor de Rosa, fuera de las pobres enfermas que sostenía dentro de su casa, y los pobres á quienes curaba fuera; echando la bendición en su trabajo, Aquel que de la nada lo sacó todo. Sólo dos horas le quedaban para el reposo por la noche. Al principio que se entregó á este rigor de vida, por sus largas vigilias, era muy combatida del sueño en la oración. Para vencerlo se ponía sobre la gran cruz de que hemos hablado anteriormente, y pendiente de ella con las manos atadas ó colgada de los cabellos á un clavo de la pared, proseguía su oración, triunfando así admirablemente del sueño (*).

✠

Muy pronto se esparció por todo Lima la fama de su virtud, y muchos solicitaban verla, hablarla y tratarla, para sacar de ella algún fruto espiritual. Este fué uno de los mayores tormentos que tuvo que sufrir Rosa, supuesta su natural inclinación á estar solitaria, y á ocultar sus ejercicios de espíritu á los ojos de todos, aun á los de su propia casa. No por esto dejó el Señor de inspirarla el modo de lograr y encontrar la soledad del yermo en su misma casa. Observó en su jardín algunos platanares muy frondosos, que apoyados á las paredes con sus hojas largas y extendidas hacia la tierra, parecía que por sí mismas le preparaban y componían una bien acomodada, capaz y verde ermita. Así inspirada de Dios,

(*) Este clavo grande se conservaba antes dentro de una urna de cristal, en un ochavo del arco del Santuario al lado de la sacristía; ahora está colocado en la pilastra del lado del Evangelio del nuevo altar del Corazón de Jesús, que se ha puesto más abajo, frente del Niño.

Santa Rosa en su oratorio cantando
con el ruiseñor.

eligió este lugar para oratorio secreto, y con el auxilio de un hermanito suyo trabajó y perfeccionó allí su pequeño oratorio, lugar de delicias para su corazón, en que se mantenía y moraba solitaria la mayor parte del día, conversando con su Criador, el cual, como á esposa suya muy amada, la hacía participante en esta soledad de las delicias y tesoros más preciosos de su gracia. Allí se le aparecía muchas veces para confortar su espíritu, y le concedió el privilegio singularísimo de oir y de ver, sin separarse de aquel lugar, las misas que se celebraban en las iglesias de Santo Domingo, San Agustín, la Catedral, y aun en otras más distantes.

✠

Fuera de este privilegio, obtuvo de Dios, en aquel mismo lugar, el de ser obedecida de los animales, cuando invitando Rosa, mañana y tarde, á estos pequeños seres á alabar á Dios, daban muestras evidentísimas de su júbilo.

Entre otras cosas maravillosas se refiere de un ruiseñor, que, por un año entero, aparecía todas las tardes cerca del oratorio de Rosa, y allí, batiendo graciosamente las alas, parecía que esperaba de la Sierva de Dios la señal para dar principio á su canto. Entonces Rosa, dejando sus ocupaciones, comenzaba con su voz delicadísima algunos versos compuestos por ella en alabanza del Señor. Quedaba callado y atento entretanto el ruiseñor, y en acabando Rosa un pie de su canción ó haciendo pausa, entraba incontinentemente el ruiseñor con su canto, imitando en lo posible la graciosísima voz de la Santa: luego pausaba algún tanto, mientras que ella seguía la segunda parte de sus versos, y volvía de nuevo á seguir su melodía.

Los versos que Rosa cantaba, alternando con el ruiseñor, son los siguientes:

¿Cómo te amaré, mi Dios,
Siendo yo tu criatura,
Y Tú mi Criador?
Pajarillo ruiseñor,
Alabemos al Señor:
Tú alaba á tu Criador,
Yo alabaré á mi Señor.
Aunque se va, y me deja,
Volando el pajarillo,
Mi Dios conmigo se queda,
Por siempre sea bendito (*).

Esto cantaba al compás de una vihuela que, sin aprender la música, desde el principio la tocó perfectamente. De este modo por una hora entera, en cada tarde, duraba alternadamente cantando y celebrando, cada uno á su manera, las glorias del Criador, pareciéndole á Rosa por estas y otras consolaciones de espíritu, que había encontrado ya en aquella soledad un paraíso.

✠

Era ya Rosa de veinte años cuando varias señoras y muchos sacerdotes que sabían su vida inocentísima, le pusieron en consideración á la madre, y muchas veces á la misma hija, que supuesto que ella quería servir á Dios distante de todo pensamiento mundano, habría sido muy oportuno entrar á uno de los monasterios de la ciudad, donde en compañía con otras y con estrecha clausura podría perfeccionarse mejor en el espíritu. Se vió Rosa obligada á ceder y sujetarse al mandato de sus padres espirituales, que quisieron fuese monja en el monasterio de Santa Clara; pero su madre se opuso. Después le proporcionaron entrada en el de la Encarnación, donde las monjas estaban esperándola como á un ángel que les viniese del Cielo. Llegado el día de encaminarse con su hermano á dicho monasterio, y

(*) Aunque á estos versos les falten los accidentes del metro, les sobra el tema de la caridad, que ardía en su pecho.

pasando por la iglesia de Santo Domingo, quiso con una breve oración tomar la bendición y compañía de la Virgen Santísima del Rosario, en cuya capilla se puso de rodillas; pero después de muy breve rato, queriendo levantarse para ir á su destino, se halló con gran pasmo suyo de tal suerte inmóvil y fija, que, á pesar de la fuerza que ella usó y del auxilio de su hermano, no fué posible que desprendiese las rodillas del suelo, hasta que estimándose esto por un aviso ciertísimo de que no le agradaba á la Reina de los Ángeles su entrada al monasterio de la Encarnación, prometiendo volverse á la casa de sus padres, se halló del todo libre y ágil, de manera que sin dificultad se levantó y volvió á los acostumbrados ejercicios de su casa. Posteriormente, el contador de Cruzada D. Gonzalo de la Maza, que la miraba como á hija, propuso á Rosa que entrase al monasterio de las Descalzas, instituto franciscano; y ella se sujetó á lo que resolviesen en consulta cuatro teólogos del convento del Rosario. Mas como el divino Hortelano había plantado en el cuartel seráfico la Rosa de Viterbo, quiso dejar la de Lima para el jardín de Domingo; y mucho más cuando, en aquel mismo tiempo, recreaba en el de Francisco la fragancia del precioso nardo de un Solano, verdadero retrato de su santo patriarca.

✠

Un día que Rosa entró á su cuartito, una mariposa matizada de colores blanco y negro, se dejó caer sobre sus faldas, á cuyo contacto la suspendió un éxtasis maravilloso que la dejó arrobada un gran rato, en el cual subiendo la mariposa en su pecho, dibujó allí un corazón perfectísimo, y concluyendo su tarea desapareció. Vuelta Rosa del éxtasis, en el que entendió que era del agrado del Señor que fuese tercera del Orden de Predicadores, la preciosísima Rosa fué el día 10 de Agosto de 1606, trasplantada al jar-

dín de la Religión Dominica, y vistió solemnemente el hábito por manos del P. M. Fr. Alonso Velazquez, su confesor, siendo entonces de edad de 20 años 3 meses y 10 días.

Recibida la gracia que Rosa tanto suspiraba, consideraba que á la blancura del hábito debía corresponder el candor y pureza del corazón, y á lo negro del manto, la mortificación y la humildad de las acciones. De tal suerte se ejercitó en estas virtudes, que mereció de Jesús ser tratada y declarada por su esposa muy amada.

✠

Todos los que trataban con ella, ya fuesen personas de la familia ó extrañas, se pasmaban al mirar á Rosa emplearse en los más viles ejercicios de la casa, hasta llegar á servir á su misma criada, obedecerla como á señora, y permitirla ó más bien mandarla que la pisase y le diese golpes. En cuanto á su angélica pureza, se sabe por el testimonio fiel de once confesores suyos, que en diferentes ocasiones la oyeron su confesión general, que no sólo no había cometido pecado mortal en toda su vida, pero ni aun venial, afirmando también con juramento, que esta Santa Virgen en todo el tiempo en que vivió, jamás experimentó disturbio de pensamiento alguno que no fuese honestísimo.

Sin embargo, la humildad de Rosa fué tan singular que, aunque inocentísima, se estimaba por la mayor pecadora del mundo. Y por eso nunca se acercaba á los piés del confesor, sin que derramase un río de lágrimas, acusándose de su indignidad, y protestando que era peor que un demonio.

✠

Estas virtudes enamoraron de tal suerte á Dios, que quiso elegir á esta su Sierva por esposa, y esto

sucedió un Domingo de Ramos, cuando estando Rosa arrodillada en el altar del Rosario, en la iglesia de Santo Domingo, ocupada toda en devotas oraciones, y según su costumbre, teniendo los ojos fijos en la sagrada imagen, en la cual se representa á Jesús-Niño en brazos de su Madre Santísima, vió y observó que así el Niño como la Virgen, con semblante risueño y festivo, mirándola se sonreían. Ella se llenó de pasmo, y al mismo tiempo de alegría á tan desusado favor; y manteniéndose muy atenta, oyó sensiblemente de la boca del Niño Jesús, estas preciosas palabras: Rosa *de mi Corazón, sé tú mi esposa.* No es fácil concebir como quedaría á estas voces la humildísima Sierva del Señor, cuyo corazón en aquel punto quedó penetrado de una confusión de afectos, y lo mejor que pudo se esforzó á responder, con estas palabras de la Virgen: « *Ved aquí la esclava del Señor; ved aquí tu esclava, ¡oh altísimo Rey de la Gloria! Tuya soy, tuya profeso ser, y tuya seré por toda la eternidad.*» Al decir esto, dulcemente penetrada de una plenitud de alegría que experimentaba su corazón, se sintió arrebatada en un suavísimo éxtasis en que gozó de aquellas dulzuras del paraíso, que sólo las conóce quien las ha experimentado. Vuelta en sí, y reflexionando en el altísimo beneficio á que acababa de elevarla el Señor con tan dichoso desposorio, pensó desde luégo mandar hacer un anillo que, trayéndolo en el dedo que corresponde al corazón, le sirviese de recuerdo del amor y de la fe para con su Esposo tan digno. El anillo fué hecho por uno de sus hermanos, y lo que debe causar admiración es, que sin que Rosa le hubiese manifestado al hermano las palabras proferidas por la boca del Niño Jesús, movido él por una interior inspiración de Dios, las grabó al rededor del anillo, lo que admiró en gran manera á la nueva esposa, la cual reconoció en esto mismo haber sido su designio aceptado por su Esposo y grato á los ojos de la Divina Bondad. El Jueves

Santo entregó Rosa este anillo al sacristán del convento grande de Santo Domingo, suplicándole lo depositase dentro del Sagrario en que se había de reservar la Majestad Divina. Así se hizo, y el Domingo de Pascua se sacó. Y después de una misa que le dijo su confesor, se lo puso éste en el dedo, con tal lijereza, por permisión del Altísimo, que aun su madre que estaba á su lado no lo advirtió. Llevó Rosa, mientras vivió, este precioso anillo en el dedo; pero con la mayor cautela posible para no descubrir aquel secreto, que ella no reveló sino compelida por sus padres espirituales y por medio de obediencia. Después de su muerte se descubrió del todo, así por el testimonio de sus confesores, como por las maravillas que Dios obró por medio de este sagrado anillo, complaciéndose el Señor de dar espíritu, suavidad y compunción de corazón á cualquiera que lo tocaba, como sucedió á muchas personas (*).

✠

Habiendo, pues, declarado por su esposa á Rosa, no puede decirse cuanta fuese la unión interior de su espíritu con su divino Esposo. Desde niña había comenzado á estar siempre unida con Dios; y por esto, cuando dormía, se la oía muchas veces prorrumpir en estas palabras: *Jesús sea bendito, Jesús sea siempre conmigo.* No solamente las doce horas, que ella ocupaba al día en oración, estaba unida interiormente con su Dios, en tal grado que quedaba como inmóvil y sin sentidos; sino también en todo el resto

(*) Este anillo estaba antes, sin mayor vista, en un nicho junto á la puerta de la sacristía del Santuario, ensartado en una canilla peroné de la propia Santa. Actualmente está colocado con el anillo al pie de la canilla, en el altar del Corazón de Jesús al lado de la Epístola, dentro de la vidriera que, en ochavo, hace costado al soberano cuadro de la Santísima Virgen de Atocha. Al otro lado, para que haga simetría, está colocada la otra canilla peroné de la misma Santa, con una rosquita de su pelo al pie. Así el anillo, como el resalto que le sirve de piedra, es de oro, en cuya circunferencia se lee grabado: "ROSA de mi JHS, sé mi esposa."

del día, y por todo el tiempo que ella ocupaba en sus labores; por manera que mientras sus manos se ocupaban en cosas caseras, el corazón y la mente siempre se empleaban en actos, reflexiones y afectos hacia su dilectísimo Esposo; y esto era en ella tan fácil, que si bien se aplicaba eficazmente á la presencia de Dios, con todo eso sus manos obraban felizmente, como si su atención solamente estuviese en sus labores, y no obstante su espíritu todo estaba en Dios como único objeto de su amor. Al oir el sonoro canto de los pajarillos, al mirar al cielo estrellado, al levantar los ojos al sol ó á la luna, se sentía dulcemente arrebatada en éxtasis suavísimos, contemplando en todas estas cosas á aquel Señor que les dió el ser, y á quien en su lenguaje y á su modo rinden perpetuas alabanzas por el beneficio de la creación.

Todas estas dulzuras y consolaciones que experimentaba Rosa en la unión íntima con su divino Esposo, vinieron después á ser contrapesadas con desolaciones y sequedad de espíritu, que por el espacio de quince años, y por una hora cada día, le martirizaban estremadamente el corazón. Parecíale en todo aquel tiempo que no podía ni conocer, ni amar á su celestial Esposo, de quien creía estar abandonada, sin experimentar en sí otra cosa que tinieblas, oscuridades, confusiones, y para decirlo de una vez, un infierno insoportable. Rosa, sin embargo, llevaba estas sequedades con paciencia, conociendo muy bien que este era el horno en que se acrisolaba y afinaba el oro de su amor; el cual, después que pasaba la desolación, era aun más vigoroso, premiando el Señor con fidelidad de Esposo, la paciencia y constancia de su esposa, con una plenitud de consolaciones que después de estas penas le infundía en el alma; pero de calidad que estas dulzuras no eran solamente interiores, sino también exteriores y sensibles, favoreciéndola el Señor con dejarse ver mu-

chas veces, hablarla dulcemente como á su esposa amada, pasearse con ella, y entretenerse en su conversación con tanta familiaridad y franqueza, que no sólo en la oración, sino en sus labores, se dejaba ver de ella, por lo común, en semblante y persona de un gracioso amante niño.

✠

Como Jesús amaba tanto á su esposa, no quería que su corazón lo ocupase cosa alguna: y como ella tuviese más esmero con una maceta de albahaca frondosa, entre las muchas que cultivaba para adornar con sus flores el altar del Rosario, se la quebró: y al verla destrozada por ignorar el autor, se afligió algo; mas el Señor la consoló apareciéndosele, y diciéndole que Él la había quebrado, porque sólo cuidase de cultivarlo á Él en su corazón. Desde entonces se empeñó más en sólo amar á su divino Esposo; y éste en favorecerla con sus continuas visitas, dulzuras y caricias: tanto que, por singular favor, aun en las especies sacramentales permanecía en su pecho siete horas el día que comulgaba.

✠

En otra ocasión que su protectora doña María Usátegui estaba en su oratorio, ponderando las maravillas de la Santísima Virgen de Atocha delante de la imagen de Belén, el Niño que tiene en los brazos y que estaba mamando y dormido, soltó el pecho y volvió el rostro á oir las exclamaciones de su Madre. Paró la conversación, y Rosa le instó que la continuase. Así lo hizo; y preguntándole después la causa de instar, contestó el prodigio que había visto, y que cuando cesó, volvió el Niño á tomar el pecho; por lo que ella instó que siguiese hablando de la Señora, para gozar la repetición de esta maravilla;

que desde luégo se verificó, quedando el soberano Niño con el rostro vuelto, como se admira que parece que está vivo (*).

Una noche, en que Rosa estaba con una fatiga mortal de debilidad, no habiendo recurso humano ni queriendo ella buscarlo por no privarse de comulgar, pues eran más de las doce de la noche, mereció que un crucifijo le diese á beber de su soberano costado, con lo que quedó enteramente restablecida (**).

✠

No menos que Jesús, que tanto favorecía á su esposa, la favoreció también la Reina del Cielo; pues fuera de haber sido mediadora del noble desposorio de su Hijo con Rosa, la visitaba frecuentemente, y entre otras horas, al levantarse de la cama para ponerse en oración, se le aparecía la Virgen Santísima, y mirándola graciosamente la despertaba del sueño, diciéndola: *Levántate, hija, levántate á la oración, que ya es hora oportuna.* En otras ocasiones esta misma Madre de las Misericordias favoreció á su hija, alcanzándola del Señor todas aquellas gracias que debía para sí ó para sus prójimos. De aquí nacía en Rosa una reverencia, un afecto, un amor excesivo á María Santísima; así era que toda se empleaba en el servicio de su capilla del Santísimo Rosario, en la iglesia de Santo Domingo. Ella cuidaba del altar, lo adornaba con hermosas y olorosas flores que, al efecto, cultivaba ella misma en su jardín; lo proveía de cera y luces que pedía á las señoras para hon-

(*) Este cuadro está colocado en el Santuario de arriba, bajo del óvalo en el altar nuevo del Corazón de Jesús; con sola la diferencia, que antes estaba la Virgen escotada con todo el pecho descubierto; por la honestidad se ha puesto de modo que se vé solamente el pesón.

(**) Este crucifijo es el mismo, según una antigua tradición, que estaba en el altar del sitio de su nacimiento, que al presente está colocado en un nicho al lado del Evangelio, en el presbiterio de este Santuario, conocido desde tiempo inmemorial con el nombre del "Señor de los Favores".

rar y dar culto á la imagen: lo enriquecía con sagradas preciosidades que trabajaba con sus manos, empleando en esto aquellas pocas horas que le quedaban para su reposo. Aquí recorrió ella en sus tribulaciones por consuelo; aquí exhalaba los afectos de su corazón; aquí rogaba, suplicaba, y obtenía no sólo aquellas gracias que pedía, sino también merecía que la Emperatriz de los Cielos, con palabras suavísimas y cariños afables, la consolase en sus aflicciones, la recrease y animase.

✠

Á estas mercedes de la Señora, Rosa recibió también los favores de Santa Catalina de Sena (*). Rosa se encargaba del cuidado de adornar la imagen de su Madre y Maestra espiritual, que tenía su altar en la iglesia de Santo Domingo, y esta obra de piedad la desempeñaba con indecible afecto y eficacia. ¡Cuán gratos le fueron á la Santa Madre estos obsequios de Rosa! Se conoció bien así por los resplandores que muchas veces, en el acto mismo de adorarla, salían esparcidos del semblante de la imagen, como de las flores que, milagrosamente y fuera de estación, aparecían en el jardín para adornar el altar de la Santa: y, últimamente, por los milagros que Dios fué servido hacer, por intercesión de Santa Catalina, á favor no sólo de Rosa, sino también de otras niñas y señoras que concurrían á ayudarla en su devota y laudable fatiga.

✠

También fué favorecida nuestra Santa de los Angeles, con quienes tenía estrechísima familiaridad, y

(*) De esta Santa hay una imagen de bulto en la iglesia de Santo Domingo, que se acostumbraba sacar solemnemente en procesión tres veces al año: pero habiéndose suprimido posteriormente estas tres procesiones, actualmente sólo sale en la de la dominica infraoctava del Corpus.

se servía de ellos como de mensajeros fidelísimos para enviar sus embajadas, sus suspiros y súplicas á su celestial Esposo; y ellos la servían con puntualidad, gloriándose de emplearse en el servicio de una alma toda enamorada de Dios.

Su Ángel Custodio muchas veces se le aparecía visiblemente, ó para acompañarla en las tinieblas de la noche desde su jardín hasta la habitación, ó para abrirle milagrosamente las puertas que encontraba cerradas y con llave, ó para manifestarle ocultísimos secretos en beneficio de las almas, ó para confortarla en los desmayos que padecía en la oración, ó para consolarla en sus tribulaciones de espíritu. De los muchos favores que hacía á Rosa su Ángel de Guarda, refiérese que estando ella una noche en su cuartito con una fuerte fatiga, originada de su debilidad, salió donde su madre, quien en el semblante conoció su apuro, y dió dos reales á una criada para que comprase chocolate con que fortalecerla. Rosa la dijo que no enviase, porque poco tardaría el que le habían de traer hecho de casa de su protectora doña María Usátegui. La madre replicó que cómo podía ser eso, cuando no sabía la señora su enfermedad, y más siendo ya tarde de la noche; pero á este tiempo tocaron la puerta; y, abierta, entró un criado de doña María con unos vizcochos y una chocolatera con dos jícaras de chocolate bien caliente. Agradeciendo el regalo despidieron al criado: y exigiendo la madre á Rosa para que le dijese cómo había aquella señora sabido su necesidad, con sonrisa llena de humildad le contestó, que su Ángel de Guarda había ido con el mensaje. Este caso dió ocasión para que Rosa, al día siguiente, escribiese á su protectora una carta dándole las gracias por el socorro (*).

(*) Esta carta, escrita de puño y letra de Santa ROSA, sin haber aprendido á escribir, existe colocada en el Santuario de arriba dentro de la pilastra del altar del Corazón de Jesús, al lado de la Epístola. En la Biblioteca de Lima se encuentra también fielmente litografiada esa carta, en una obra titulada "Autógrafo Psruano."

En suma, todos aquellos espíritus bienaventurados, admirando en Rosa una alma angelical, una alma de serafín que ardía toda en amor de su Esposo, la miraban y reconocían, no como á una mujer de la tierra, sino como á un serafín del mismo Cielo.

✠

Rosa era, en sumo grado, vigorosa y heróica en sufrir todo género de martirios, y también no era menos paciente en tolerar toda clase de enfermedades, trabajos ó persecuciones humanas. Su complexión era tan delicada, y su cuerpo tan sujeto á enfermedades diferentes, que muchas veces tuvieron los cirujanos que valerse del hierro y del fuego para curarla; y según el testimonio de estos mismos y de otras personas que se hallaron presentes, se sabe que de su boca jamás se oyó un solo suspiro en tan graves martirios. Las calenturas la asaltaban tan frecuentemente, que se le habían hecho familiares y continuas. Tres años enteros se mantuvo sin levantarse de la cama con acerbísimos dolores, ocasionados por la contracción de nervios: mucho más padeció en manos y piés por una fuerte fluxión llamada podagra ó gota, cuyos dolores intensos sólo puede expresarlos quien los ha padecido. Á la gota se le juntó la parálisis, de que padeció mucho en los últimos años de su vida; y en medio de todos estos crueles é insufribles dolores, que la ponían siempre en agonías, conservó esta esposa del Señor una serenidad indecible; y antes bien, á medida que se incrementaban en ella los dolores y enfermedades, tranquila y placentera aumentaba sus fervores y su paciencia, dando gracias al Señor por todo, y reconociendo sus penas como señales evidentes del afecto que la tenía, y en cuyo testimonio experimentó una admirable visión, en la cual mostrándola su Esposo una balanza con que los Ángeles pesaban el premio

y la gloria, correspondiente al mérito que se gana por medio de las aflicciones y trabajos que Dios se sirve dispensar á diferentes almas, se vió ella, entre las demás, favorecida del Señor sobre todas, con una parte considerablemente mayor á que correspondía un mérito y una gloria muy ventajosa sobre las otras.

✠

Desde niña, por falta de leche, comenzó á padecer, y desde entonces descubrió su índole muy inclinada á la paciencia; pues pasaba á veces días enteros privada del alimento sin derramar una sola lágrima ni un solo suspiro. Creciendo después con la edad su deseo de imitar á Santa Catalina de Sena, no se puede decir cuánto la maltrataron, no sólo con palabras, sino también con obras los hermanos y la madre; la cual, no contenta con darle azotes, puñadas y pisadas, se servía, muchas veces, de un azote nudoso con que sin piedad la daba y ensangrentaba; y esto sucedía cuando Rosa, por imitar á su Santa Maestra, ó se cortaba el pelo, ó se levantaba de la cama, ó se ponía á dormir sobre las tablas ó en la desnuda tierra; ó cuando, contra la prohibición de su madre, observaba un ayuno rigurosísimo: en suma, por todo ejercicio de virtud en que ella merecía premio, reportaba castigos, los cuales sufrió siempre con mucha paciencia, teniendo por delicia y fortuna el padecer por su Esposo.

✠

Á las crueldades de la madre, se juntaba la aspereza con que, á los principios, la trataban sus padres espirituales. Éstos, temiendo que las visiones, éxtasis y luces espirituales con que abundantemente enriquecía el Señor á su esposa, no fuesen acaso engaños de la mentira, pusieron todo cuidado en hacer

prueba de la verdad, con todo ejercicio de mortificación, de humildad y de abnegación de su propia voluntad, señales nada equívocas del buen espíritu. En todo ello se portó de tal suerte Rosa, que firme y constante, ni por alguna reprensión severa que ellos le hiciesen para ejercitar su paciencia, jamás se dejó ver turbada; antes bien, sumamente gozosa de verse humillada y despreciada, les daba de todo muy rendidas gracias, como podía, de un singularísimo beneficio.

Á estas palabras y expresiones de verdadera sumisión, quedaban satisfechos los confesores; y no obstante de encontrarla siempre muy obediente y muy humilde, sobre toda ponderación, para mejor probar su espíritu, quisieron, algunos de ellos, examinar, con toda diligencia, las cosas más secretas de su corazón; es decir, las circunstancias de su vocación á la vida del espíritu; el tenor de todos sus ejercicios espirituales; la calidad de los éxtasis y visiones con que era favorecida de Dios; el número de gracias y dones que, con mano liberal, le comunicaba su Esposo; la forma de su vida, lo maravilloso de sus obras. A mas de sus confesores ordinarios, examinaron también á la Santa, sobre estos mismos puntos, dos personas muy señaladas y estimadas en la teología mística, y lo fueron el Dr. Juan del Castillo, á quien así por su buena vida como por su eminente doctrina, reverenciaban todos como á oráculo, en aquellos tiempos, y el P. M. Fr. Juan de Lorenzana, dominicano muy ejercitado y muy inteligente en los caminos de la perfección, que, á las virtudes teologales y morales, unía también las espirituales en sumo grado: era catedrático en teología, y ocurrían á él, en las dudas más difíciles, aun los Obispos circunvecinos, quedando admirados, no menos de su vida ejemplar, que de su excelente doctrina. Uno y otro, pues, de estos varones eminentes, examinaron con toda exactitud y con el mayor cuidado,

el espíritu de Rosa; quien, descubriendo todo lo que tenía sepultado en el alma, dió ocasión y motivo, á estos grandes hombres, de que se maravillasen y pasmasen en gran manera; descubriendo y advirtiendo, en sus respuestas, la sabiduría infusa que tenía del Altísimo: en los ejercicios en que espiritualmente se ocupaba, un milagro continuo de sufrimiento; en las visiones y dones del Cielo, un amor extraordinario de Dios hacia esta alma afortunada. Más y más horas la detenían en el examen, y haciéndose ella siempre más admirable en sus respuestas, al fin confesaron que el camino que llevaba Rosa era el verdadero, seguro é infalible para llegar á la santidad; y que en esto no podía haber engaño, porque la encontraban perfectísima en toda suerte de virtudes: tal fué y tanto lo que testificaron aquellos dos buenos conocedores, no sólo promulgándolo de palabra, por todo Lima, sino firmándolo también por escrito, como se vé en el Proceso.

✠

Y á la verdad no podía dejar de ser aprobado, por bueno y seguro, el camino que llevaba el espíritu de esta gran Sierva del Señor, supuesto que no era otro que el de la caridad; en la cual, ardientemente amaba á Dios, y por Dios al prójimo. Habría infinito que decir, si se hubieran de puntualizar minuciosamente los prodigiosos efectos de este amor, tales como las llamas que vivamente la abrasaban el corazón; el incendio que sensiblemente experimentaba en su pecho, y que las más veces dejaba ver en sus ojos y en su semblante; y en fin, las palabras, los suspiros, los afectos con que desahogaba, ó más bien con que encendía mejor el fuego ardiente de su amor para con el Esposo de su alma. Á este mismo efecto había compuesto oraciones jaculatorias muy eficaces, con las que manifestándole á su Señor las penas de

su enamorado corazón, lo obligaba á consolarla con señales de la más extraordinaria correspondencia.

Entre lo mucho que compuso Rosa para alabar á Dios, pedirle perdón de sus culpas y darle las gracias por sus misericordias, debe tener el primer lugar una Letanía en forma de Rosario, que formó de ciento cincuenta atributos para adornar á la Trinidad Santísima; asimismo un acto de contrición. Cuando tardaba en consolarla su divino Esposo con su presencia, suplicaba con el siguiente motete á su Angel de Guarda que lo llamase:

Ángel de mi Guarda,
Vuela y dile á mi Dios:
¿Que por qué tarda?

Si daban las doce y no parecía el Niño Jesús como acostumbraba, cantaba dulcemente celosa:

Las doce son dadas,
Mi Esposo no viene;
¿Quién será la dichosa
Que lo entretiene?

No sólo hacía Rosa jaculatorias vocales: también componía romances mudos para alabar al Señor y predicar sus bondades. Tales fueron tres piés de romero que cultivó en figura de cruz, para que vistos recordasen las misericordias de su Esposo, y estimulasen á darle gracias por el principal instrumento de nuestra Redención. La señora Virreina se interesó por conseguir una de estas plantas. Se la remitió Rosa: y mientras más se esmeraba en cultivarla y regarla, ella se empeñaba en marchitarse, hasta que se secó con mucho dolor de la Virreina; pero restituida á las manos de Rosa la revivió en cuatro días, y la devolvió mejorada á su Excelencia.

Santa Rosa en éxtasis con su divino Esposo.

✠

No contenta Rosa con haber expresado de palabras á su Esposo Jesús los afectos encendidos de su corazón, procuraba también acreditarlo con las obras. No se puede bastantemente explicar los deseos con que ella siempre procuró la gloria de su celestial Esposo: el celo con que se empleó en desterrar los abusos y las irreverencias en la iglesia; el cuidado exacto en que se ingeniaba á impedir las ofensas que se cometían contra Dios, fuesen estas públicas ó privadas: rogando, suplicando, amenazando y obrando, en fin, con toda la eficacia posible, para que su Señor no fuese ofendido.

✠

Sucedió en una ocasión, por el mes de Julio del año de 1615, que habiendo arribado al puerto del Callao la armada de los holandeses (*), puso de improviso en gran confusión y espanto á toda la ciudad de Lima, y el Sr. Arzobispo, á fin de implorar el auxilio divino contra los enemigos, mandó exponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias. Rosa se hallaba en la de Santo Domingo, á donde había

(*) Esta armada fué la del pirata Jorge Spilberg, la que se componia de seis navios. Entró por el Estrecho de Magallanes al mar del Sur, é hizo en las costas de Chile muchos daños. El Virrey de Lima, que lo era entonces, D. Juan de Mendoza y Luna, con la noticia que le comunicó el Presidente de Chile, envió á su encuentro tres navios de guerra. La escuadra real encontró á la del corsario en la altura de Cañete, cincuenta leguas al Sur del Callao, y allí se trabó entre ambas un reñido combate en el cual venció Jorge Spilberg, pues logró echar á pique dos buques del Virrey. Este pirata, envanecido de su triunfo, entró al puerto del Callao el día 21 de Julio de 1615; pero con tan mala fortuna, que fué rechazado vigorosamente por las fortalezas de tierra, que le hicieron un nutrido y recio fuego de cañonería. Indignado el pirata de semejante derrota, desembarcó en Huarmey, saqueando y quemando totalmente á este pueblo: en seguida, emprendió su derrotero hacia la Nueva España. Empero, cerca de las Islas Filipinas, se encontró con otra escuadra española, al mando del intrépido D. Juan Antonio Ronquillo, que lo batió con tal denuedo, que logró derrotarlo completamente, echando á pique varias de sus naves, y obligando á las demás á retirarse del mar del Sur.

pasado con este mismo objeto, cuando le dijeron que los enemigos se acercaban ya á la ciudad, y que dentro de poco la pondrían en saqueo. Oyendo esto Rosa, encendida tanto en su corazón como en su semblante, que parecía despedir llamas, inspirada de Dios, resolvió, en su interior, ponerse en defensa de su Esposo, por quien quería, en aquella ocasión, derramar la última gota de su sangre. Convocó, pues, en aquel mismo instante, algunas otras compañeras que se hallaban en la misma iglesia, á las cuales exhortó á que se uniesen con ella para servir de escudo y de defensa á su Señor: *Este será*, les decía, *por el cuerpo y sangre de nuestro amorosísimo Esposo, el día dichoso en que alcanzaremos la palma del martirio, dando nuestro cuerpo y nuestra sangre al cuchillo; no podemos lograr coyuntura ni más afortunada, ni más preciosa.* Dichas estas palabras, se fué hacia el altar en que estaba manifestado el Santísimo, llevando, tras sí, á sus compañeras; y preparado el combate, ó por mejor decir, el martirio, se dejaba ya ver pronto el asalto. Preguntada por algunas señoras qué cosa pretendía hacer, respondió que su designio era saltar sobre el altar luego que pareciesen los enemigos, y con su cuerpo hacer trinchera á Dios Sacramentado, recibiendo en su pecho los golpes de la impiedad; y que allí, á los piés de su Señor y amado Esposo Jesús, quería caer hecha víctima desangrada y muerta, ó más bien, que quería rogarles á los enemigos le quitasen la vida nó de un solo golpe, sino poco á poco, y cortándola el cuerpo á pedazos, coyuntura por coyuntura, á fin de que mientras estuviesen ocupados en despedazarla lentamente, difiriesen á lo menos, por aquel tiempo, el ultrajar y pisar á su Jesús. Estas palabras las profería con tanto ardor y fuerza de espíritu, que bien se conocía la vehemencia de su celo y del amor con que en todo tiempo, y especialmente en aquella ocasión, se inflamaba y abrasaba su corazón; pero mientras ella, sedienta de

martirio, se mantenía en esta espectativa, vino la noticia de que la armada de los enemigos había sido derrotada en el puerto del Callao, por las baterías de tierra; con lo cual todos depusieron sus temores, y solamente Rosa quedó con el dolor de no haber podido ver efectuado su generoso pensamiento de morir por la fe, en testimonio del grande amor que tenía á su Esposo.

✠

De estos afectos tan ardientes para con el Señor, nacía también en el corazón de Rosa, un celo vehementísimo de la salvación de sus prójimos. Lloraba inconsolablemente la ruina de tantas almas que, habituadas en la culpa, se hacían sordas al llamamiento de su Dios, y no cesaba de ofrecer por éstas sus votos y fervorosas oraciones al Altísimo, acompañándolas con ayunos, disciplinas y cilicios, á fin de que Dios se dignase ablandar con los golpes de una ardiente caridad los duros peñascos de sus corazones. No contenta con esto, se ingeniaba en cuanto se lo permitía su sexo, en reprender con modestia á muchas almas, haciéndoles ver el peligro en que vivían; y esto le salía tan felizmente y con tan buen suceso, que muchas de ellas, convencidas de sus razones y movidas del celo con que hablaba, se daban por vencidas, y mudaban de vida y de costumbres, con admiración de todos y consuelo indecible de la Sierva de Dios.

✠

Lloraba también la ceguedad de tantos pueblos vecinos que, sepultados en las tinieblas de la gentilidad, no sólo adoraban á ídolos insensatos, sino aun al mismo Sol. Habría querido, si se lo permitiera su condición, ir en persona á aquellas provincias idólatras, para ejercer allí los oficios de misionero apostólico y enseñarles, con la fuerza de la palabra y el

ejemplo de su vida, el verdadero camino de la eterna felicidad. Pero lo que ella, por su sexo, no pudo ejecutar, lo procuró eficazmente, persuadiendo á muchos religiosos dominicanos que emprendiesen tan santos designios, como en efecto lo hicieron. También con igual intento crió un niño á sus expensas, le hizo instruir en las letras humanas y divinas, y después le hizo tomar las órdenes sagradas, á fin de que en calidad de misionero, partiese para aquellas provincias y naciones, y emplease allí sus sudores, su sangre y su vida entera, en la conversión de los infieles.

✠

Pero si tanto era su celo acerca de la necesidad espiritual del prójimo, ¿cuál deberemos creer que fuese el que mantenía este mismo corazón de la Virgen Rosa acerca de las necesidades temporales y corporales de sus mismos prójimos? Uno y otro comprende, ciertamente, la verdadera caridad. En todas las virtudes fué admirable esta esposa del Señor; pero en el amor y caridad para con el prójimo, parece que se excedió á sí misma. Bastante prueba de ésto es la aclamación universal de todos los pobres de Lima, que cuando llegó á noticia de ellos la muerte de Rosa, levantaron el grito hasta el Cielo, por el dolor de haber perdido á la que los mantenía, y á su médica, como ellos la llamaban, con razón; porque ella, aunque pertenecía á una familia pobre y que vivía con la labor de sus manos, se daba modo á proveer de lo necesario á los pobres; lo que hacía, pidiendo limosna por sí misma, ó quitándose del cuerpo su ropa, de su cuarto los muebles, de su boca el alimento; y no bastándole aún el privarse de todas sus cosas, para el socorro de los pobres, echó mano, en una ocasión, de la ropa de su madre, para darla de limosna. Advirtiendo ésta lo que le faltaba, reprendió con severidad á su hija; pero Rosa le ase-

guró que no pasaría mucho tiempo sin que la bondad de Dios, que retribuye siempre superabundantemente, en lugar de aquella ropa ya vieja y casi despreciable, la proveería de otra nueva. Y en efecto sucedió así; porque á los de pocos días una persona desconocida, que todos creyeron fuese un ángel, la llevó de limosna una buena suma de dinero, con orden de que se proveyese de ropa nueva, como lo verificó. Todo lo que á la Sierva de Dios se le daba, ya fuese por los de casa, ó ya por las señoras que la estimaban, aunque por otra parte lo necesitase ella para sí, cuando veía que otros tenían mayor necesidad de ello, lo daba prontamente, persuadida de que empleaba, en la persona de su Esposo, todo lo que ella daba á las personas menesterosas.

✠

No contenta con socorrer á los pobres con muchas limosnas, usaba también con ellos de toda caridad, sirviéndolos cuando estaban enfermos. Alcanzó de su madre permiso para llevar á su propia casa á las mujeres enfermas que vagaban mendigando, sin tener donde acogerse, y las colocaba en algunas camas que les preparaba, proveyéndolas de medicinas y alimento, sin querer que la acompañasen ni ayudasen en esto, y las servía, las consolaba y curaba, hasta sanarlas completamente. Y cuanto más inválidas y mendigas eran estas pobres, tanto mayor cuidado usaba en socorrerlas y curarlas. Cuando sucedía que ya no había en su casa algunas de estas, salía en busca de otras, por las calles y lugares distantes. No enfermaba criada ó esclava en su barrio, que ella no procurase alcanzar licencia de su madre para ir á servirla; lo que hacía con tanta caridad y afecto, que ganaba los corazones de las enfermas y de otras personas que admiraban su virtud. Las curaciones de Rosa eran siempre acertadas, porque no

recetaba sino en junta del protomédico celestial. Tenía un hermosísimo Niño Jesús, á quien llamaba el Médico, y con Él consultaba sus medicinas, para curar á las pobres enfermas (*).

Entre otras cosas observaron que Rosa, para vencerse á sí misma y superar cierto natural aborrecimiento, que todos, y especialmente los de estómago delicado experimentan al mirar llagas pútridas, ó al sentir fetores intolerables, ella era la primera que, viendo en alguna persona pobre úlceras ó algunas apostemas purulentas, ponía las manos, para lavarlas y medicinarlas, meditando en las llagas de su Señor.

✠

Este cuidado que se tomaba Rosa, de las mujeres enfermas, producía en ellas no solamente la sanidad corporal, que reconocían les venía de las oraciones de Rosa, sino también la salud del alma, por las eficaces exhortaciones con que procuraba ganar para Dios, á todas aquellas que conocía caminaban á su condenación. Entre éstas hubo una esclava no bautizada, á quien llamaban Esperanza, la cual, fingiendo ser cristiana, vivía en el servicio de una señora. Cayó enferma, y Rosa, según acostumbraba, fué á servirla. Apenas la vió, cuando por interior revelación conoció claramente la ficción de la esclava: la amonestó, la rogó que advirtiese su error y pusiese luego el remedio. La esclava juraba haber recibido el bautismo, fingía el nombre del sacerdote y del padrino, con tal franqueza, que todos, menos Rosa, le dieron firme crédito; pero la Sierva de Dios, certificada, por impulso celestial, del mal estado de esta alma mora ó infiel, se fatigó de tal suerte, que al fin

(*) Este Niño Jesús estaba colocado anteriormente en el Santuario de abajo; mas al presente se le ha formado su altar en el Santuario de arriba, al lado del púlpito, y es conocido con el nombre del "Mediquito."

examinada bien la persona que la había conducido á Lima, se descubrió que, verdaderamente, aquella esclava no estaba bautizada, por más que ella fingiese ser cristiana. Convencida, pues, de ello, fué catequizada con la mayor caridad por la Sierva de Dios. Después que pidió y logró ser bautizada por el párroco, murió al día siguiente, dejando ese consuelo á todos, y con especialidad á Rosa. Talés eran las ganancias que ella hacía, y en las que ponía todo su cuidado, sufriendo cualquiera molestia, y sin perdonar cualquiera fatiga, á fin de conducir á las almas que estaban en pecado, á los piés de Jesucristo, lo que lograba casi siempre, por el fervor y celo con que eficazmente movía los más obstinados corazones. En esto se ocupaba, tan de propósito, que abandonaba por ello cualquiera otra ocupación, pareciéndole que así lo exigía, verdaderamente, aquella fe que profesaba á su Esposo, cuya sola gloria y honor buscaba y se proponía, en semejantes conversiones.

✠

El celestial Esposo correspondió el celo de Rosa, haciéndola singulares mercedes, enriqueciéndola como á esposa suya, con dones y gracias indecibles.

La primera, fué la certidumbre que tuvo de que debía ser del número de los Santos en la otra vida; con cuya certeza echó fuera de sí todos los temores acerca de su predestinación, que le afligían el corazón por algún tiempo, y con habérsele aparecido su Jesús y asegurádola este punto, quedó su alma, desde entónces, tranquila y serena.

La segunda merced que la hizo el Señor, fué también, haberla asegurado que nunca se rompería aquella amistad y unión con que su alma estaba ya, por afecto y amor, trasformada en Él.

El tercer privilegio, fué la seguridad con que su Esposo la protestó que en todos los peligros y nece-

sidades, así espirituales como temporales, que pudiesen sobrevenirla, la socorrería Él, prontamente, con su ayuda. Esto se vió muchas veces cumplido, porque el haber sido librada maravillosamente de tantos peligros de muerte; el haberse visto en su casa, en ocasión de gran necesidad, multiplicado milagrosamente el sustento de su familia; el haber sido socorrido Gaspar Flores, padre de la Sierva de Dios, por medio de sus oraciones, con considerables sumas de dinero, por personas incógnitas; y muchas otras cosas que por brevedad se omiten; todos fueron, ciertamente, efectos de las promesas de aquel Señor, que es fiel en todas sus palabras.

✠

Á todos estos favores conviene añadir dos singularísimos dones que obtuvo de su Señor; el uno, de penetrar los secretos ocultos del corazón; y el otro, de preveer y profetizar las cosas futuras.

En orden al primero, bastará el testimonio expreso del P. Juan de Villalobos, varón de toda probidad y virtud, el cual, examinando el Proceso, afirmó con juramento, que este privilegio de penetrar lo más escondido del corazón, lo poseyó Rosa, tan maravillosamente y en tal grado, que pasmaba á todos los que la trataban, y que él lo conoció por experiencia, habiendo visto los efectos, muchas veces, en su propia persona.

No fué inferior á este don singularísimo, el que poseyó Rosa de profetizar y preveer mucho antes las cosas futuras, con tanta certidumbre y evidencia, que manifestaba todas las circunstancias, los medios y las individualidades con que sucedían. Basta sólo referir aquí una profecía que vale por mil. Entre los más recomendables monasterios de Lima, hay el de Santa Catalina de Sena, en que viven las monjas en grande observancia y pureza de espíritu. De este

monasterio, que fué fundado siete años después de la muerte de ROSA (*), se complació el Señor en darle á su esposa una clara y distinta noticia, diez años antes que se fabricase, y en un tiempo en que ni por la imaginación les pasaba á los hombres semejante fundación.

Verdaderamente era cosa admirable oir á ROSA, cómo tan de positivo, no sólo predecía, sino que mostraba con el dedo la fundadora que fabricaría el monasterio, el sacerdote que celebraría en él la primera Misa, y las niñas que entrarían, especificando el número de éstas, sus cualidades y todas las demás circunstancias. La madre de ROSA, que miraba estas predicciones como sueños y quimeras de su hija, la reprendía por estas cosas, y la amenazaba; pero un día la respondió ella con modestia: «que no sólo se fabricaría el monasterio de Santa Catalina, sino que vos, vos misma sereis una de las primeras admitidas en el número de aquellas monjas; allí hareis vuestra solemne profesión y continuareis hasta

(*) En 1589 doña María Celis trató de fundar un monasterio bajo la advocación de Santa Catalina de Sena, para lo cual se solicitaron y obtuvieron las licencias necesarias; mas estas llegaron cuando la mencionada señora había fallecido y sus dos hijas mudado de parecer, perdiéndose en lo absoluto la esperanza de la fundación. Empero, treinta y cinco años después, doña Lucía Guerra de la Daga, muerto su esposo y cinco hijas que tenía (según profecía de Santa ROSA), en consorcio con su hermana doña Clara y del licenciado don Juan de Robles, Receptor del Santo Oficio de la Inquisición, procedieron á la erección del monasterio, gastándose en todo lo necesario 312,743 pesos fuertes, sin incluir el valor de la área del convento, que la donó dicho licenciado, Entraron en clausura las dos indicadas señoras, María de la Oliva, madre de Santa ROSA, viuda ya, y treinta y tres jóvenes más, el 10 de Febrero de 1624, y para el gobierno é instrucción de ellas salieron del monasterio de ta Concepción de esta ciudad cinco monjas y dos que vinieron del monasterio de Santa Catalina de la ciudad de Arequipa, nombradas Ana y Leonor Cornejo. Doña Lucía Guerra de la Daga fué muchos años abadesa del monasterio de Santa Catalina, y ennobleció, con su prudencia y virtud, los gloriosos blasones de aquel célebre santuario; su abstinencia fué rara, ayunando todo el tiempo que gozó del hábito de Santo Domingo, y los días de comunidad, que eran tres cada semana; no admitía otro alimento su estómago, que aquel bocado de pan celestial, que comunicaba á su espíritu: consiguió admirables favores de su divino Esposo y de su glorioso patriarca Santo Domingo, y enriquecida de merecimientos, pasó de esta vida á la eterna el 27 de Mayo de 1649.

el último instante de vuestra vida». Estas palabras fueron interpretadas por la misma madre, como si Rosa las hubiera dicho con ironía y por burlarse de ella; por lo que, enfurecida contra su hija, faltó poco para que la pusiese las manos, pero la trató, á lo menos, de falsa profetisa y de loca.

Todo esto que entonces parecía del todo increíble, se vió verificado puntualmente, cuando fundado ya el monasterio, cinco años después de la muerte de Rosa, como se ha dicho, la madre, viuda ya, se sintió movida por Dios, á pedir aquel santo hábito. Lo obtuvo en efecto, profesó solemnemente, y perseveró, casi decrépita, con grande ejemplo de virtud, hasta el último suspiro.

✠

Pero si el Señor manifestó á su esposa, anticipadamente, muchas cosas futuras pertenecientes á otras personas, era consiguiente que le revelase á ella misma, algunos años antes, el día y la hora de su muerte, como efectivamente le concedió esta gracia singular, confesando ella á su madre y á otras señoras, mucho antes que le sobreviniese la última enfermedad, lo que le restaba de vida. Por esta razón se reía de los médicos y de otras personas que, en sus enfermedades gravísimas y mortales, la desahuciaban.

Las circunstancias de su última enfermedad le fueron también reveladas á Rosa, cuatro meses antes que ella enfermase, descibriéndole distintamente los dolores agudos que debería padecer, y asegurándole, al mismo tiempo, que á medida de sus padecimientos, serían los grados de gloria que se le preparaban en el Cielo. Por tanto, aproximándose el tiempo señalado por Rosa en que debía asaltarle su última enfermedad, hallándose enteramente sana y robusta, quiso, tres días antes, pasar de la casa de

D. Gonzalo de la Maza, oficial real (*), á la de sus propios padres, y allí, con secreto, dar el último adiós ó despedida á su amado aposentito ú oratorio, testigo fiel de tantos consuelos y mercedes que en él había recibido del Cielo. Encerrada, pues, allí la Santa virgen juzgando que no podía ser vista de persona alguna, comenzó á cantar dulcemente las alabanzas y gracias á su Dios por la merced que le hacía de llamarla, cuanto antes, á sus nupcias. Su corazón lleno de júbilo, y su espíritu colmado de fervor, daba tal fuerza á su voz, que levantada más de lo ordinario, fué oída y escuchada de su madre, la cual poniéndose en acecho, oyó atentamente lo que por otra parte y por entonces no creía, esto es, que dentro de pocos días su hija ROSA, dejando este mundo, volaría á reposar en el seno de Dios. Pero lo que entonces no se creyó, se verificó tres días después, en que ROSA asaltada de improviso por una extrañísima enfermedad, al instante la juzgaron no sólo mortal sino moribunda.

El día que le sobrevino este accidente fué el 1.º de Agosto, por la noche, al retirarse á su dormitorio, después de haber pasado muchas horas en oración. Asaltáronla dolores muy agudos, en fuerza de los cuales cayó en tierra, dando débiles pero lastimosos quejidos. Llamados los padres espirituales y los médicos, unos y otros quedaron pasmados de ver tanto la gran violencia de un mal tan insufrible en aquel cuerpecito extenuado y débil, como al reflexionar en la circunstancia maravillosa de su invicta paciencia. Preguntada sobre la calidad de su mal, respondió no tener palabras suficientes para expresarlo, y que sólo podría decir se sentía consumir

(*) El contador D. Gonzalo de la Maza no fué padrino de ROSA, como lo afirman algunos cronistas de su vida, sino su protector, que atenta á sus virtudes, la miraba como á hija, y lo mismo su esposa doña María Usátegui. Su casa fué donde está hoy el monasterio de Santa ROSA, que se cedió para su fundación, en honor de haber ROSA frecuentado mucho aquel sitio, vivido de asiento los tres últimos años de su vida y muerto en él.

toda en llamas vivas que le penetraban hasta la médula de los huesos, como si sensiblemente le atravesaran desde la cabeza hasta la extremidad del pié derecho un hierro encendido que, pasando por las entrañas, la consumía, juntándose de la parte del corazón un puñal ardiente, que atravesando de un costado á otro, formaba en ella una cruz penosísima; que ésta no era enfermedad natural, sino que la reconocía como don de aquel Señor, á quien tantas veces había suplicado que la hiciese digna de una parte, aunque mínima, del Cáliz de su Pasión, y que en esto se veía había sido oída con gran consuelo de su corazón, el cual sumamente gustaba padecer cuanto le fuese posible, para llegar á gozar lo más que le fuese dable. Á estas palabras creció, en los circunstantes, la admiración; y los médicos mismos, después de haber hecho toda diligencia para reconocer la naturaleza del mal, confesaron con franqueza, que era tan prodigioso, que no podía un corazón humano, con solas las fuerzas naturales, vivir ni un momento con tan violentos dolores; que Dios, con su omnipotencia, la mantenía viva, para ejemplo de sufrimiento y para mayor cúmulo de su mérito. Tanto fué lo que expusieron los médicos, quienes después de varias experiencias con los medicamentos, hicieron ver á todos claramente que el mal era irremediable, y que excedía el orden de la naturaleza.

Todos creían que dentro de pocas horas debiese morir; pero ella sabía muy bien que su martirio no debía terminar tan pronto; porque así se lo tenía pedido á su Esposo, el cual le concedió que continuasen sus tormentos hasta la noche de la víspera del Apóstol San Bartolomé, en que el Señor fué servido llamarla á las bodas eternas y felices del Paraíso. No es fácil explicar los afectos y palabras amorosas con que, en medio de sus dolores, daba gracias al Señor, del gran beneficio que la dispensaba en hacerla padecer estas penas por su amor; protestaba

que deseaba padecer mucho más si cabía más en un cuerpo sensible. Volviéndose á las mujeres que la asistían, les agradecía la caridad que usaban con ella, y les prometía acordarse de cada una de ellas en el Paraíso. Alzaba los ojos al Cielo, muchas veces, y arrebatada en éxtasis al contemplarse en la gloria, parecía que su alma volaba ya á donde tenía el deseo; pero volviendo en sí prorrumpía en suspiros amorosos hacia su Dios, manifestando el ardiente deseo que tenía de gozarlo. Acercándose, pues, el tiempo para ella tan deseado, pidió y alcanzó los Sacramentos de la Iglesia, y los recibió con tales actos de fe, de esperanza y de amor, que no hubo entre los asistentes quien no se enterneciese y sintiese conmovido su corazón con sus palabras, que todas eran fuego vivo de amor: pidió perdón á todos con profunda humildad: consoló con palabras muy tiernas y afectuosas á las personas que la asistían, á quienes dejó algunos recuerdos espirituales. Pidió la bendición á su padre y á su madre: hizo que su confesor le leyera algunas oraciones y protestas muy eficaces para aquel trance; y sintiéndose ya cercana al punto preciso de depositar su alma en las manos de su amante Esposo, inclinada la cabeza sobre una tabla desnuda, conformándose en esto á su Jesús muerto sobre un duro leño, al pronunciar por tercera vez: *Jesús sea siempre conmigo*, espiró suave, dulce y preciosamente.

✠

Tal fué la muerte dichosísima de esta amantísima esposa del Señor, acaecida en la noche del 23 al 24 de Agosto de 1617, á la edad de treinta y un años, tres meses y veinticuatro dias, el mismo en que una gran Sierva de Dios vió volar su alma cortejada y acompañada á la gloria de una multitud de ángeles. Otros vieron al rededor de su bendito cadáver á estos mismos espíritus celestiales, que puestos en

orden cantaban, con mucho júbilo, las alabanzas del Señor, dándole gracias por los beneficios hechos á su esposa: otros tuvieron expresa revelación de Dios, tres días antes que muriese Rosa, acerca de su admirable tránsito, y de que su entierro sería muy glorioso. En efecto, fué así, porque apenas llegó el alba de aquel día, cuando de improviso se vió la casa donde murió, llena de un concurso innumerable de personas de toda edad, sexo y condición, con grande admiración de todos los de la casa, que no podían comprender cómo se hubiese sabido en aquella hora tan importuna la muerte de Rosa. Pero Dios que quiso honrar á esta su esposa de una manera pública, divulgó su muerte inmediatamente por boca de los pobres, quienes por la ciudad gritaban, todos á una voz, haber muerto su benefactora, su madre. Fué tan grande el concurso del pueblo, que no cabía en la iglesia de Santo Domingo, donde se celebraron sus funerales, y fué tan importuna é indiscreta la devoción respecto de las reliquias de esta Santa, que habiéndole cortado los extremos del hábito y quitádole el velo y la corona de la cabeza, fué necesario, para que no quedase del todo despojado aquel santo cadáver, poner al rededor de él la guardia del Virrey, la cual bastó, por algún poco tiempo, para resistir al tropel del populacho; pero creciendo en breve el concurso, y no pudiéndose impedir el tumulto de devoción, fué preciso acelerar las exequias, y trasportar luego el santo cuerpo al noviciado del convento, para asegurarlo, en aquella noche, de los insultos de una devoción indiscreta. La mañana siguiente, á instancias del pueblo, que deseaba con ansia volver á ver y mirar aquella santa prenda, fué expuesto el cadáver de nuevo en la iglesia, donde se le cantó la Misa, y después de ella hizo el entierro el Obispo de Guatemala. Queriéndola, pues, sepultar en el lugar acostumbrado de las Teresas, fué tan grande el rumor y bullicio del pueblo, exclamando con alta

voz que no se le quitase tan pronto de la vista aquel precioso tesoro, que se vieron los padres en la necesidad de diferir la sepultura hasta la tarde, en que disipada la multitud de gente, y cerradas las puertas de la iglesia, lograron colocar el santo cadáver en el lugar que le tenían destinado en el Capítulo, donde volviéndose á congregar de nuevo el pueblo al día siguiente, se empeñaban á porfía unos en besar el pavimento de la sepultura, y otros en llevar parte de aquella tierra, estimándola como reliquia, poniéndose todos de acuerdo á aclamarla y llamarla en alta voz, con el nombre de Santa.

✠

Esta excitada devoción de toda la ciudad de Lima, y de otras ciudades del Perú, continuó después redoblada con los milagros y prodigios singularísimos que obraba Dios en honor de su esposa. En aquellos primeros días fueron tantas las gracias recibidas, que por título de gratitud, quiso con intervención del Excmo. Virrey Príncipe de Esquilache y del Iltmo. Arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero, celebrar á sus espensas otras nuevas, ricas y solemnes exequías á su gran benefactora, lo cual se hizo con innumerable concurso de gente, poniendo todas sus esperanzas en la poderosa protección de Rosa.

✠

Después de dos años que continuaba el concurso y se aumentaba la devoción hacia esta Santa, multiplicándose cada día los milagros, se hizo, con asistencia del señor Arzobispo, la solemne traslación de su cadáver, desde el Capítulo en que había sido colocado, á la iglesia en lugar más decente y proporcionado á tan preciosa reliquia. Entre otras cosas maravillosas fué una, que el cuerpo de la Santa se

encontró tan sano, entero, bello y oloroso, como si recien hubiera muerto. No es, pues, fácil decir cuánto júbilo manifestó toda la ciudad, cuánta la devoción, y cuál la ternura universal, al ver de nuevo aquella sagrada prenda, aplaudiendo todos con reverente aclamación, las glorias de esta esposa del Señor.

✠

Los milagros que obró Dios después de la muerte de Rosa, para comprobar su santidad, son muchísimos y muy maravillosos. Entre estos se cuenta que restituyó la vida á una niña de seis meses, muerta desde la tarde antes, hasta la mañana siguiente, la cual resucitó mediante algunas reliquias de la Santa, aplicadas por la madre de esta niña al tiempo que querían darla sepultura. Se cuenta también, de un esclavo llamado Antonio Brau, que resucitó mediante una estampa de la Santa puesta sobre aquel frío é inerme cadáver. Los moribundos abandonados de los médicos y en mortal agonía, curados prodigiosamente por intercesión de esta Santa, son muchísimos. Los enfermos de peligro sanados en un momento, por medio de la aplicación de las reliquias ó besando la imagen de la Santa, son innumerables. Y á igual de estos son los estropeados y los que padecían continuos y agudos dolores de cabeza, ó de muelas, ó de estómago, que se han visto libres, recurriendo á la Santa.

Muchas personas de ambos sexos, después de haber probado en vano todo género de remedios, han sanado al instante, de parálisis, de apoplegía, de flujo de sangre, de llagas, de apostemas pútridas, de heridas incurables, sin otro medicamento que el de aplicarse la tierra del sepulcro de la Santa, ó sólo su imagen. En suma, sería no acabar si se quisiesen enumerar todos los milagros portentosos, obrados por intercesión de Santa Rosa.

Santa Rosa en oracion.

✠

Pero no se pueden dejar de referir aquí nueve milagros muy maravillosos, sucedidos después de la beatificación de Rosa, que en tres procesos ó expedientes presentados á la Sagrada Congregación de Ritos, sirvieron de eficaz motivo para su canonización.

El primero fué de Juan Zelillo, joven de veintinueve años, oprimido por una fiebre aguda y continua, la cual por el vehemente calor había pasado á tísico, y después de cuatro meses de marasmo se había hecho ya de la tercera especie, como la llaman los médicos, y tenía reducido al pobre enfermo á un estado muy desesperado, con los pulmones ulcerados, con vómitos frecuentes de materias pútridas y negras, con esputo de sangre, sudor helado, náusea al alimento, con los ojos clavados, en suma, se hallaba como un esqueleto casi exánime. Habiéndose dispuesto para el último trance, recibido los Santos Sacramentos, y ya en las últimas agonías, á persuasión de un hermano suyo, invocó, en aquella última hora, la eficaz protección de Santa Rosa, obligándosele con voto á vestir, por un año, si sanaba, el hábito de Santo Domingo. Y poniendo en una cuchara con agua un poco del polvo del sepulcro de la Santa, se sintió luego aliviado, de manera que se vió libre de la fiebre, y recuperadas sus fuerzas, su apetito y su calor natural, todo robusto y fresco, se levantó de la cama perfectamente sano, con admiración de todos.

✠

Cándida Roseta, mujer de Alfonso de Carbajal, soldado español en Nápoles, la cual después del parto de un infante muerto en el vientre por el esfuerzo inmoderado, y de tres días continuos, á fin

de echar fuera las secundinas, se vió salir una gran parte de la matriz, como de tres libras de peso, que, dura, negra, fría y horrible á la vista, por largo tiempo le causó una fiebre agudísima y constante, á que se le juntaba una fiera melancolía, inapetencia y privación de sentidos. Se mantuvo en este estado deplorable por espacio de ocho años, sin alivio alguno, y todos los remedios humanos que le aplicaron repetidas veces los cirujanos, la debilitaron de tal suerte, que, haciéndose maligna su fiebre, quedó reducida á las últimas agonías. Era el día 26 de Agosto, en que con toda magnificencia se celebraba en Nápoles, en la iglesia de la religión dominicana, la fiesta de la beata Rosa, á la cual había asistido el marido; y habiéndole dado aquellos padres una estampa de aquella esposa de Cristo, se la llevó á la moribunda y, con gran fe y devoción de la paciente, se la aplicó al cuerpo, sintiéndose instantámente libre de los dolores. Volvió á su lugar natural la matriz, cesó la fiebre y recuperó las fuerzas, de tal manera, que se levantó inmediatamente de la cama, echó á andar, y como perfectamente sana, después de haber dado las gracias á su libertadora, se empleó luego en sus ocupaciones domésticas.

No fué menos prodigioso el tercer caso, sucedido en la persona de Victoria Pauli, mujer de Francisco de la Rata, la cual, en el año de 1638 por el mes de Junio, cercana de parto, advirtió que tenía ya muerto el feto dentro del útero, y penando por tres días consecutivos sin provecho alguno en manos de la partera y de los médicos, vino á quedar tan destituida de fuerzas y desesperada de remedio, que abandonada de los médicos se disponía á morir, llorándola todos sin consuelo. Mientras ella se hallaba en estas agonías, una monja, tía suya, le envió una ima-

gen de la beata Rosa, á la cual ella y otras religiosas con gran fervor de espíritu la habían encomendado; y recibida por la moribunda, imprimió á la imagen devotísimos ósculos, pidiéndole con suspiros y lágrimas su ayuda y favor, y al instante parió con felicidad y sin trabajo alguno, y quedó libre y sana con admiración de todos.

✠

Esta misma experimentó en el año siguiente cuán eficaz era la intercesión de esta esposa de Cristo. Le sobrevino de improviso un ímpetu tan fuerte de tos, dimanada por una gran cantidad de flemas, que no pudiendo arrojarlas, se le declaró una fiebre muy aguda; paró el movimiento del pulso, y perdidas del todo las fuerzas, cubierta de un sudor frío, se la lloraba por muerta. Continuaba en este estado deplorable por espacio de cinco días, sin que ningún remedio humano hubiese podido aprovecharla. Cuando trayéndole de nuevo la misma imagen de Rosa, se encomendó á ella de todo corazón, y al momento experimentó el milagro; porque luego terminó la fiebre, arrojó las flemas, recobró las fuerzas, y levantándose de la cama, fué inmediatamente á dar las más rendidas y fervorosas gracias á su libertadora.

✠

Isabel Pascali, niña noble, se hallaba largo tiempo en cama atormentada por una fiebre aguda acompañada de síntomas malignos, poseída de hipocondría, con indigestiones, inapetencia y agitación de varios humores, con intensos dolores, calor excesivo y fatiga continua, de manera que por espacio de cinco años nada le habían aprovechado los medicamentos que, en gran número y cantidad, le habían suministrado los médicos; y así todos se pasmaban de verla viva. En fin, llegaron á llorarla por muer-

ta, cuando aconsejada por un hermano suyo á encomendarse de corazón á SANTA ROSA, haciendo voto de llevar, por algún tiempo, el hábito de Santo Domingo, consintiendo en ello la enferma con el corazón, porque ya había perdido el habla, en aquel mismo instante comenzó á hablar, cesaron los síncopes, se halló libre de la fiebre, adquirió fuerzas, y se vió de tal manera sana y buena, que causó grande admiración á toda la ciudad.

✠

Por el mismo voto de vestir el hábito de Santo Domingo, y traer, en señal de reconocimiento, la estampa de SANTA ROSA, se halló sana y alegre Victoria, hija de Pablo Pascali, de edad de siete años, y á quien la tarde anterior habían abandonado los médicos después de venticuatro días de fiebre maligna; pero en aquella noche en que todos la lloraban por muerta, implorado el auxilio de la Santa con viva fe, no sólo por el padre de la niña, sino por ella misma, que con gran ternura de corazón se esforzaba á invocar su nombre, vió aparecérsele SANTA ROSA, y oyó de su boca estas palabras: *Hija, no dudes que te sane*—Y así fué, porque á la mañana siguiente el médico la encontró perfectamente curada.

✠

Igualmente maravilloso y estupendo fué el milagro obrado en la persona del P. Fr. Serafín, carmelita de Palermo, el cual, asaltado de una fiebre lenta y continua, y no queriéndose aplicar remedio alguno, por espacio de ocho años, un día que estaba en el confesonario se sintió acometido de gravísimos dolores, por lo que le fué preciso ponerse en cama, y sobreviniéndole una fiebre pútrida, aguda y maligna, en ventisiete días se redujo al último extremo: perdió

con el habla todos los demás sentidos, excepto el oído. Asistían al moribundo otros religiosos de aquel convento, quienes dejándolo solo, se puso á invocar de corazón la intercesión de SANTA ROSA, en quien él tenía mucha confianza. No tardó ROSA en socorrer á su devoto, porque en aquel mismo instante se le apareció, con semblante risueño y agradable, trayéndole una canastilla de frescas rosas, y acercándose á la cama esparció muchas sobre ella, diciéndole: *Yo soy la* ROSA *que vengo á refrescarte. No dudes de ello, alégrate: Dios te requiere un poco más en el mundo.* Y al despedirse de su devoto, añadió: *Tus hermanos los padres han acabado ya de cenar, y están saliendo. Mantente alegremente, y sírvate de gobierno.* Desde aquel momento se sintió el religioso tan sano y robusto, que se habría levantado de la cama, si sus hermanos, que volvieron para auxiliarlo en sus últimas agonías, pasmados de ver una tan súbita mudanza, se lo hubieran permitido. No obstante, á presencia de ellos, pidió de comer, y con apetito de hombre sano comió lo que quiso. La noche siguiente, á la misma hora, la esposa de Cristo se le apareció de nuevo, y le preguntó: *¿Cómo la has pasado? ¿cómo te sientes?* y respondiendo él: —ya estoy bueno, y os doy gracias de la caridad que me habeis hecho; os ruego que por mí os digneis darle gracias á Dios de esta merced.— La Santa añadió: *Lo haré. Sigue alegremente y no dudes nada.*—Entonces se levantó de la cama y fué á la iglesia de Santo Domingo, donde postrándose en el altar de SANTA ROSA, con todo su corazón, le dió gracias del beneficio que acababa de lograr, por su intercesión. Este suceso acaeció el día 27 de Abril de 1660.

✠

Nada inferior á este milagro es el octavo, que es como sigue: Angela Cibasa, natural de Palermo, en el mes de Junio de 1660, padecía una fuerte terciana

maligna y continua que agrababa notablemente; en el período de ventisiete días, se vió con inquietud, movimientos convulsivos, náuseas, calor mordaz producido de las exhalaciones del humor pútrido, pulso desigual y frecuente, vehementísimo dolor de cabeza con delirio; perdida ya el habla, yacía inmóvil y en estado de agonizar, cuando por persuasión de su madre, se encomendó de corazón á la bienaventurada Santa Rosa, y untándola con el aceite que ardía en la lámpara de su imagen, recuperó en aquel instante la salud, en la que se conservó después muy felizmente.

✠

Últimamente, conviene referir el caso milagroso de Lucía Vande Laer, noble matrona, que molestada por diez años con úlceras extrañas en los riñones, paralítica y postrada en una cama, sin que en mucho tiempo le hubiesen aprovechado todos los remedios humanos aplicados por los más doctos médicos, antes bien abandonada de ellos, como del todo incurable, en los últimos ocho meses de su enfermedad. Apenas ocurrió al patrocinio eficasísimo de nuestra Santa, cuando se vió luego sana, y se levantó inmediatamente de la cama, con tanta robustez, como si jamás hubiera padecido ninguna enfermedad. Este insigne milagro fué testificado no sólo por los médicos, sino también por los más insignes y célebres teólogos.

✠

No sólo los corazones humanos han experimentado efectos admirables por la invocación de esta Santa, sino los seres irracionales; los toros indómitos, los animales feroces, al oir nombrar á Rosa en auxilio de sus devotos, han dejado todas sus fuerzas y se han vuelto mansos, con general admiración, como consta de los testigos examinados en el Proceso.

✠

Quien quisiese saber más extensamente y en mayor copia los milagros de la gloriosa SANTA ROSA, léa su vida impresa en Roma, el año de 1667, donde los verá todos representados con todas las circunstancias particulares, según aparecen en el Proceso seguido por la Sagrada Congregación de Ritos, en la causa de su canonización. Y allí también leerá las muchas apariciones que ella ha hecho á diversas personas, asegurándolas y cerciorándolas de la gloria que goza en el Cielo; allí verá las conversiones admirables de pecadores inveterados, obradas por medio de sus reliquias. La mutación maravillosa de los ciudadanos de Lima, que después de la muerte de la Santa, se ejercitaban en actos de rigurosa penitencia, movidos interiormente por su intercesión invocada de todos y de todos aclamada por Patrona y protectora no sólo de aquella ciudad, sino de todo el vasto reino del Perú y aun de la América.

✠

Después que la admirable ROSA entró en los eternos gozos y se tributaron los debidos honores á su memoria, se extendió tanto la fama de su santidad, virtudes y milagros, que fué preciso fijarla por la más circunstanciada información, para la que ocurrieron al Arzobispo de Lima los procuradores generales de la órden de Santo Domingo, que lo eran Fr. Francisco Balcázar y el contador D. Tomás de Paredes, pidiendo se mandase recibir dicha información. Accedió su Ilustrísima por un auto de 1.° de Setiembre de 1617, dando comisión en forma al Dr. D. Baltasar de Padilla, para que examinase los testigos por un interrogatorio que se presentó, con citación del fiscal del Arzobispado, ante el notario D.

Jaime Blanco. Se siguió el proceso desde el 6 de Setiembre de 1617, y se concluyó en 12 de Setiembre de 1618.

Ajustado el Proceso, se presentó en Roma á Su Santidad Urbano VIII, y salió un decreto de la Congregación de Ritos el 22 de Marzo de 1625, para que se despachasen y diesen Letras remisoriales y compulsoriales, que se llaman *rótulo* ó comisión en forma, á fin de que el Arzobispo de Lima, con sus dignidades, procediesen á una especial indagación de la vida y hechos de Rosa.

Recibidas en Lima las Letras apostólicas, por el Iltmo. Sr. Dr. D. Fernando Arias de Ugarte, quinto Arzobispo, con el Deán D. Domingo de Almeida y el Arcediano D. Juan de la Rosa, mandaron que el Secretario del Cabildo D. Diego de Morales las leyese públicamente, para noticia de todos, en el púlpito de esta santa iglesia Metropolitana, al ofertorio de la misa mayor, trayéndose antes en procesión dichas Letras, desde la Sala Capitular hasta el altar mayor, por el cura de la Parroquia D. Fernando de Avendaño, en una fuente de plata cubierta de una tela, acompañando el Prelado con capa y mitra, y los conjueces con capas; lo que se ejecutó en 14 de Abril de 1630, con asistencia del Virrey Conde de Chinchón, Real Audiencia y Cabildo, con toda solemnidad y repique general.

Cerrada la causa por los jueces apostólicos en 12 de Julio de 1632, se presentó en Roma á la Sagrada Congregación de Ritos, en 23 de Julio de 1634. Comenzaron á reverla los eminentísimos congregados; pero habiendo salido, en aquel mismo año, nuevos decretos de Urbano VIII, en que dió nueva forma á este género de causas, debía sufrir la de Rosa una paralización de cincuenta años.

Empero, al cabo de más de treinta años, Su Santidad Alejandro VII, por su decreto de 24 de Setiembre de 1664, dispensó, en cuanto á esta causa, para

que se prosiguiese, aun sin haberse cumplido los cincuenta años, después del tránsito de Rosa. En virtud de este decreto, se volvieron á ver los procesos y, en 3 de Marzo de 1665, declaró la Congregación de Ritos, por sentencia, que constaba de la santidad de vida y virtudes de Rosa, en grado heróico; y en el mismo mes se aprobó uno de sus milagros. Habríase concluido la causa de la beatificación de Rosa á no haberla retardado la grande enfermedad del Pontífice, sus gravísimos cuidados y su muerte, acaecida en 22 de Agosto de 1667.

✠

La Providencia, que vela por la exaltación de los bienaventurados, determinó que Santa Rosa tomase parte en el adelanto de su causa ó, más bien, que ella eligiese al que había de ocupar la Silla de San Pedro.

Tratándose de elegir nuevo Pontífice, se observó que Julio Rospigliosi, uno de los Cardenales, llevó dos libros para pasar algunos ratos en el Cónclave: abrió el uno, era la vida de Rosa, recién impresa, y lo separó á un lado; tomó el otro, y por ser del mismo asunto lo dejó con alguna displicencia. Á ese tiempo lo visitó el Cardenal Barberino, y le contó que estaba acabando de leer una obrita, que se la enviaría y que le gustaría mucho, sin decirle su contenido. Puesta en sus manos, halló que su contenido era el mismo. Entonces como animado de un espíritu profético, exclamó: *yo soy Papa, sin duda me ha destinado Dios para instrumento de la beatificación de esta esposa suya.* En el escrutinio salió Rospigliosi electo Sumo Pontífice, y se nombró Clemente IX.

Este suceso motivó la predilección del nuevo Papa por Rosa. Se dedicó á favorecerla tan singular y extraordinariamente, que jamás se ha visto ni oído decir empeño semejante.

El Domingo 12 de Febrero de 1668 expidió el Pontífice el Breve para la Beatificación de Rosa, y se celebró dicho acontecimiento en la Iglesia de San Pedro de Roma, el día 15 de Abril del mismo año, ejecutándose todo con tal acierto, y con pompa tan espléndida, que la capital del orbe cristiano, en que las mayores grandezas se reputan comunes, admiró por muy singular el esplendor de acción tan magnífica. Voló por toda la Cristiandad tan alegre nueva.

✠

Luego que la voz respetable de la Iglesia resonó, en 1668, desde la cumbre del Vaticano, declarando y confirmando, auténtica y solemnemente, la virtud y santidad de la Virgen Peruana Rosa, empezó á difundirse su veneración por todas partes.

Roma dió el primer ejemplo no sólo en la insigne Basílica de San Pedro, que echó todo el resto en la celebración de la beatificación de Rosa, sino que también el convento de predicadores de la Minerva dió á conocer cuanto le interesaba el culto de tan predilecta Santa, imitando en lo posible al Vaticano, el 13 de Mayo del mismo año 1668, en que tuvo lugar una suntuosísima fiesta en honor de Rosa, en la que ofició la misa el Obispo dominicano de Orbieto, é hizo un digno elogio de la Santa Virgen el R. P. Juan Paulo de Oliva, undécimo general de la Compañía de Jesús, uno de los primeros oradores de su tiempo.

También el Colegio Romano de la misma Compañía tomó parte en el culto público de Rosa. Su imagen ocupó el principal lugar del altar mayor, representando uno de los más tiernos y notables pasajes de su vida, y se destinó á tan magnifica pompa el día 23 de Mayo del propio año, con asistencia de lo más eminente y respetable de Roma.

Mas no quedó allí: la fama veloz difundió su celebridad por varias otras ciudades de Italia. La be-

neficencia y virtud de Rosa se había atraído el afecto de las ciudades de Sesa y Palermo, donde se le erigieron santuarios y altares.

✠

La corte de Carlos II recibió con imponderable júbilo y aplauso la beatificación de Rosa, cuya verificación había sido el objeto de sus mayores anhelos.

Sobresaliente fué el culto que en Madrid se empezó á dar á la Santa Peruana, en el convento de Santo Tomás de los padres de Santo Domingo. En 30 de Setiembre de 1668, celebráronse grandes fiestas en honor de Rosa, que fueron costeadas por el Consejo de Indias y la alta nobleza, que contribuyeron con tal liberalidad y franqueza á los gastos, que el esplendor de esas fiestas asombró á la Capital.

De Madrid se propagó y comunicó el culto de Rosa á Cádiz, Granada, Sevilla, Barcelona, León, Jaén, Pamplona, Toledo y muchas otras ciudades de la Península, todas las que rivalizaron en tributar los mayores homenajes á la Virgen Peruana; lo que prueba, con evidencia, que Rosa, por sus portentosas virtudes y perfecciones, ha llegado á ser el asombro no sólo del nuevo mundo, sino también del antiguo.

✠

La noticia de la beatificación de Rosa llegó á Lima en la mañana del día 28 de Diciembre de 1668, conducida por cartas fidedignas. Por el correo de España de 18 de Enero del año siguiente, se recibió el Breve Pontificio original, remitido por la Reina Gobernadora al Cabildo de esta Ciudad, junto con una Cédula Real, para entregarla al Prelado de Santo Domingo (*), cuya orden se cumplió extrictamente.

(*) Lo era el Prior Fr. Bernardo Carrasco, por grave indisposición del Provincial Fr. Juan Gonzalez.

Señalose para la solemne celebridad de la beatificación de Rosa, el Miércoles 30 de Abril del mismo año, día consagrado á Santa Catalina de Sena. El Martes 29 por la tarde concurrieron al gran convento del Rosario todas las comunidades religiosas, el Virrey Conde de Lemus, Real Audiencia, Cabildo secular, nobleza é innumerable pueblo. A hora competente se formó una majestuosa procesión de dichos cuerpos, ordenados de dos en dos por sus antigüedades. Los seguía el Prior de Santo Domingo con sus respectivos ministros, ricamente revestidos de ornamentos del día, precedido de la cruz. Iban debajo un magnífico palio tendido sobre seis varas de plata llevadas por otros tantos regidores, en traje negro y costosas cadenas de oro y brillantes rosas de diamantes al cuello. Conducía el Preste el Breve de Su Santidad, desdoblado, prendido sobre un gremial de la misma tela del ornamento, guarnecido de oro, que ayudaban á llevar los ministros por las borlas de seda blanca y oro de sus esquinas superiores. Cerraban la procesión los demás cabildantes, también con cadenas de oro y rosas de diamantes; el Tribunal de Cuentas, la Real Audiencia, y el mismo Virrey y su familia, con cadena y rosa al pecho.

Esperaba el Iltmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro de Villagómez la Bula, de medio pontifical, en silla superior, entre sus prebendados con capas sobre las sobrepellices, á la puerta primaria de su Catedral. La recibió, é incorporado con su Cabildo en la procesión se dirigió al altar mayor, adelantándose con sus ministros á dejar los ornamentos sagrados el Provincial, á quien se le señaló, por esta tarde y el día siguiente, una de las sillas de la Real Audiencia. Colocados todos en sus asientos, entregó el Sr. Arzobispo el Breve á su notario sacerdotal, que, tomándolo con sumisión, le leyó en voz clara desde la eminencia del púlpito en su original latino y traducción española. Estaba colocada la imagen de Rosa en el

centro del presbiterio sobre andas de plata, teniendo á su diestra á Santo Domingo y á Santa Catalina á la izquierda, en dos tronos portátiles, con hábitos de tela blanca muy fina y manto de terciopelo negro liso, guarnecido de joyas y ornamentos de precio inestimable. Le cubría una magnífica cortina pendiente de lo superior del arco de las andas.

Se declaró concluida la lectura, y descendiendo el Sr. Arzobispo de su dosel, colocado al lado del Evangelio, postrado de rodillas, adoró á la beatificada. Lo mismo hicieron el Virrey, saliendo de su solio: la Real Audiencia y Cabildo secular, el eclesiástico preparado para las vísperas, y todos los asistentes, y al sonido de los dos grandes órganos de la Metropolitana, entonó la capilla el *Te Deum.* Hecha la señal, respondieron las torres con sus repiques alegres y siguieron las demás de la ciudad. Cantando el himno y versículo referido, dijo el Sr. Arzobispo, al pié de la efigie, la oración *Exaudi nos Deus*, y se celebraron inmediatamente las vísperas con mucha majestad y extraordinaria armonía.

Al día siguiente, amanecieron magnificamente colgadas las calles por donde había de pasar el grandioso triunfo de Rosa. Nueve altares erigidos á trechos por los Prelados regulares, reunieron la ostentación con el buen gusto, y los que más no podían, alfombraban con flores y plantas odoríferas el suelo. Pontificó el Sr. Arzobispo, celebrando la misa con la grandeza que se acostumbra en esta Metrópoli; cuyo espacioso ámbito ocuparon los mismos, que en la tarde anterior la llevaron. Predicó el P. Maestro Fr. Juan de Iturrizaga, dominicano, y formó un elogio muy ajustado á las circunstancias del dia.

Desempeñada gloriosamente la función de la mañana, coronaron la de la tarde los mismos asistentes. Agregáronse al clero de sobrepellices, las parroquias con sus cruces, las comunidades con sus Santos Patriarcas, y las cofradías con sus insignias. Co-

menzaron á salir muy despacio los cuerpos por sus antigüedades, hasta que se dejó ver á Rosa en hombros de los Alcaldes de Corte, por auto del Real Acuerdo, por esas mismas calles, que tantas veces pasó cuando vivía, alumbrando la nobleza y clero, y rematando el Cabildo eclesiástico con el Sr. Arzobispo, de medio pontifical. Mucho tuvo que admirar esta procesión. Ya estaban las cofradías en Santo Domingo, y aún no había salido la imagen de Rosa de la Catedral. Tan pronto como asomó á la plaza, se le hizo airosa salva la artillería. Cada Patriarca iba en hombros de cuatro religiosos dominicos, con dos turiferarios ricamente vestidos, alumbrando otros seis de la misma orden. Doce fervorosísimas niñas, vestidas de beatas dominicanas, con coronas y ramilletes de rosas en cabeza y manos, iban delante de la Santa. El Virrey llevó el guión, sin soltarlo por todas las seis cuadras que anduvo la procesión. Ya era de noche cuando llegó Rosa á Santo Domingo. Despedido su Ilustrísima, la Audiencia y comunidades, se llevó el retrato original de la Santa para colocarlo en la misma casa en que nació y se crió, y en su propio aposento convertido ya en santuario. Acompañó su Excelencia, el Cabildo secular y mucha nobleza, con luces que dejaron de limosna á su fábrica.

✠

No satisfecho Clemente IX con haber escrito solemnemente el nombre de la admirable Rosa del Perú en el catálogo de los bienaventurados, procuró acercarla más y más al colmo de la gloria. Desde que ocupó la Silla de San Pedro, no cesó de derramar gracias sobre esta virgen privilegiada. En solo dos años y medio escasos que reinó, expidió á su favor siete Breves, lo que quizá no contará ningún otro Santo. Estos Breves han sido expedidos en las siguientes fechas: en 12 de Febrero de 1668, para

que en todos los conventos de la orden, se celebrase el primer año la octava solemne; en 12 de Marzo, promulgando su beatificación; en 12 de Abril, ordenando un jubileo plenísimo para el día de su general celebración; en 26 de Agosto, asignando su fiesta en Lima y conventos de Indias; en 14 de Noviembre, extendiendo el Oficio doble y la Misa á todo el clero secular y regular de Indias; en 2 de Enero de 1669, declarando de precepto el día de la Santa, nombrándola Patrona de Lima y de todo el Perú, y dispensando la calidad de canonizada; y el 12 del mismo mes, mandando ponerla en el Martirologio Romano, con estas palabras: *Limæ in regno Peruane Beatæ Rosa de Santa Maria, Virgines tertii ordinis Sancti Dominici.* Dos meses después se celebró su fiesta en San Pedro de Roma, y en la puerta principal del templo se fijaron las armas de la ciudad de Lima al lado de las apostólicas y las de España.

Clemente IX no logró canonizarla, por haber acaecido su muerte el 9 de Diciembre del año 1669; pero en su testamento dejó un legado de cinco mil ducados, para que en la ciudad de Pistoya (en Toscana), su país natal, se construyese una suntuosa capilla en honor de tan gran Santa.

Clemente X fué elegido Papa el 29 de Abril de 1670. y tres meses después de haber sido exaltado al Pontificado, en 11 de Agosto, declaró á SANTA ROSA *Patrona Universal y principal,* no sólo de Lima y el Perú, como lo hizo su antecesor, sino de todas las provincias, reinos, islas y regiones de tierra firme de toda la América, Filipinas é Indias. Finalmente, determinó cumplir los deseos de ambos mundos, que suspiraban ante su trono por la canonización de ROSA. Designó, en su convocatoria, para esta augusta ceremonia, el Domingo 12 de Abril de

1671, previniendo, entre otras cosas, que el Sábado 11, á vísperas y la tarde de la Domínica, se encendiesen luminarias en las fronteras de los palacios y se adornasen con luces los balcones.

Imponderable es el esplendor con que se celebró en la capital del mundo cristiano tan solemne acontecimiento. Baste decir que la iglesia de San Pedro de Roma, estaba adornada con una magnificencia deslumbradora: en sus pórticos se admiraban las pinturas y geroglíficos; por dentro la cubría una magnífica colgadura carmesí; y los ornatos de los altares y sus frontales competían en riqueza. Los forasteros, que de todas partes llegaron á Roma para presenciar tan grandiosa solemnidad, pasaron de diez mil, y llegarían á casi cincuenta mil las personas que asistieron á tan augusto acontecimiento. En una palabra, ese día fué el más memorable que ha visto Roma en muchos siglos.

El 15 de Mayo del propio año 1671, Clemente X expidió también, en Santa María la Mayor, una Bula por la que trasladó la fiesta de Santa Rosa al 30 de Agosto, concediendo indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, á los que, confesando y comulgando debidamente, visitasen cualquiera iglesía suya, desde primeras vísperas hasta el ocaso del sol en su día.

✠

La noticia de la canonización de Santa Rosa llegó á Lima, en la mañana del 31 de Enero de 1672. La privilegiada Metrópoli peruana puede gloriarse de su fervor y empeño en promover y propagar el culto de Rosa, especialmente, después que la vió elevada sobre los altares; sus primeros anhelos se dirigieron á jurarla por su Patrona y Protectora.

Dispuso el Cielo, que consiguiese aun más de lo que deseaba. La Silla Apostólica, por una gracia singular, la constituyó Patrona más principal de Lima

y del Perú, dispensando en la determinación de la Santidad de Urbano VIII, que hizo privativa de los Santos canonizados, dicha preeminencia, y no tardó mucho en extenderla universalmente sobre ambas Américas y sus islas adyacentes.

La piedad de los Reyes Católicos quiso, también, que se honrase y distinguiese á cuanto tocaba y pertenecía á ROSA; que se atendiese y acomodase á sus parientes, y que la casa, en que nació y se crió, se convirtiese en santuario.

Así se verificó mediante la devoción de los fieles y el activo celo de los religiosos de la Orden de Predicadores, que destinan siempre uno de sus ejemplares sacerdotes que cuiden de conservar, sin interrupción, en tan privilegiado sitio, el sagrado fuego del Santuario. Allí se admira, entre otras cosas, una suntuosa capilla en que se venera una efigie de la SANTA VIRGEN. Esta capilla es un relicario de la famosa hermita, de que hemos hablado, que se conserva al lado derecho del altar, forrado en cedro, con un retrato de la SANTA sobre la puerta.

También se fabricó, en honor de ROSA, otro magnífico altar en la iglesia del Rosario, que fué la sagrada oficina en que se formó y perfeccionó este portento de virtud y santidad.

Y para que se aumentase su culto, el ilustre Cabildo, que representa á esta ciudad, se juntó en los años de 1671 y 72, y señaló trescientos pesos anuales, para su fiesta en la Santa Iglesia Catedral, con todo el aparato y grandeza, la que dura hasta nuestros tiempos. La Universidad de San Marcos, en 22 de Setiembre de 1671, asignó doscientos diez pesos, para la fiesta que se le hace á la SANTA, en la iglesia de Santo Domingo.

✠

Si en Roma se celebró, con la mayor magnificencia, la canonización de SANTA ROSA, no con menor

esplendor fué celebrada en Lima, pues la Metrópoli peruana se excedió á sí misma con sus aplausos, aclamaciones y celebridad. Mas, casi nada de lo que se practicó, ha llegado á nuestra noticia. Sólo nos ha quedado un precioso monumento que nos trasmitió D. Pedro Peralta, en la segunda parte de su *Lima Fundada*, á fojas 355, donde trata del décimonono Virrey Conde de Lemus, y dice:

«Celebró el Virrey la canonización de SANTA ROSA, » hecha por Clemente X, en el año de 1671, con la » más magnífica pompa de que parece puede ser ca- » paz la tierra. Las comparsas á caballo, las proce- » siones numerosas, los carros y arcos triunfales, los » suntuosos altares enriquecidos de piedras precio- » sas, y los adornos y colgaduras de las calles, que » algunas se empedraron de barras de plata (*), y » otras se colgaron de costosas alhajas, las fiestas de » toros, con juegos de cañas y torneos de cuadrillas » de caballeros, ricamente adornados, entre los que » corría el mismo Virrey. Coronado todo de octava- » rias; que se solemnizaron en los templos ilustrados » de la mayor riqueza; á que se añadió el inmenso » aplauso del certamen poético con singulares pre- » mios. En este último excedieron cuantos supieron » adelantar la devoción y grandeza, y pudieron ex- » presar la historia y elocuencia.»

El citado escritor hizo el resumen de todo lo dicho en la octava 51 del canto VI, con su acostumbrado entusiasmo:

"Argenteas barras todo el pavimento,
Todos áureos tapices los balcones;
Cada altar diamantino firmamento,
Cada arco todo ya constelaciones,

(*) La primera vez que pusieron barras de plata en dicha calle, fué el 2 de Febrero del mismo año, en la procesión de nuestra Señora de los Desamparados, para el estreno de su iglesia, expresando el P. Buendia, en su obra de la Vida del Padre Castillo. Cap. X, lib. III: "Todo el sitio que el claro del arco dejó para tránsito de la soberana imagen, se empedró con más de mil barras de plata que, por su magnitud y ley, importaron dos millones de pesos fuertes."

Cada carro un triunfo, á quien atento
Ate el asombro las admiraciones;
Todo tal lustre hará que de su pompa,
El tiempo será fama, el orbe trompa."

✠

Con todo lo expuesto, no se contentó la piedad de Lima en el culto de su adorada ROSA. La morada del Contador D. Gonzalo de la Maza, donde murió la gloriosa SANTA, ha sido transformada en un monasterio de vírgenes, que se titulan Rosas, las que imitan á competencia sus virtudes y ejemplos (*). Allí se le ofrece el culto más plausible en un aseado y costoso templo, que se estrenó, con la mayor

(*) Con motivo de haber llegado á esta ciudad la noticia de la canonización de esta SANTA fueron muchas las jóvenes que vistieron el hábito de terceras dominicas, al extremo de haberlas reunido la religión en una casa que se les compró frente al Santuario, en donde formaron beaterio bajo el nombre de "Rosas de Santa Maria," en el año de 1678. Habiéndose sujetado á la jurisdicción eclesiástica, se trasladaron á la cuadra de San Sebastián, en donde solicitaron elevarlo á monasterio, franqueando al efecto doña Elena Rodriguez de Corte Real, todo su caudal, ascendiente á la suma de más de 130,000 pesos, tomando clausura el 2 de Febrero de 1708, y saliendo del monasterio de Santa Catalina, á la erección, cuatro religiosas, entre ellas doña Josefa de Portocarrero, hija del Virrey Conde de la Monclova. La estrechez del local ó, más bien, el deseo de poseer el sitio donde tenían su casa don Gonzalo de la Maza y su esposa doña Maria Usátegui, en la que SANTA ROSA había vivido de asiento los tres últimos años de su vida y muerto en ella, les hizo solicitar y comprar dicho local, consiguiendo igualmente el convento é iglesia que era de las Amparadas, donde se trasladaron en el año de 1709. Doña Josefa de Portocarrero, después de la muerte de su padre el Virrey, deseosa de abrazar la vida monástica, encontró para ello mucha resistencia de parte de su madre y hermanos; pero todo resistió con heróico aliento, hasta salir fugitiva una noche, el 9 de Octubre de 1706, al monasterio de Santa Catalina, para tener allí su noviciado, y llevar á cabo sus piadosos designios; obtenida, por fin, la real licencia para que se hiciese la fundación, tuvo el consuelo de entrar en la nueva clausura y de hacer su profesión solemne el 4 de Junio de 1708, siendo modelo de religiosas en la observancia monástica y en el heróico celo con que tendia á la perfección: electa Priora, puso la casa en el orden y regularidad que tanto ha edificado al público, y fué reelecta muchas veces, en prueba de lo mucho que estimaba la comunidad su prudencia, acierto y discreción para el gobierno: acabó su carrera mortal, llena de méritos y virtudes, el 21 de Noviembre de 1743, á los 62 años de edad, y celebráronse sus exequias el 2 de Febrero de 1744, con asistencia del Virrey Marques de Villagarcia, de los Tribunales, Religiones y demás autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad.

pompa, el 24 de Agosto de 1709, cuya magnificencia exaltó hasta las estrellas el Sr. D. Esteban José Gallegos, que hizo de orador en aquella función solemne. Desde esa sagrada hoguera participaron su fervor las hijas de Rosa, mediante dos fundaciones hechas en Arequipa en 1747 y en Santiago de Chile en 1754, pudiéndose asegurar que la devoción á la heroína de Lima ha cundido por casi todas las ciudades, provincias y pueblos del Perú, particularmente en el Cuzco, Cajamarca, Huánuco (*) y Tarma, donde tiene erigidas suntuosas capillas y altares.

✠

Aún le qnedaba más que hacer á Lima, en obsequio de su predileeta Santa y Patrona. Habían pasado, desde su beatificación y canonización, cerea de ciento cuarenta años y no se pensó, en todo ese espacio de tiempo, en colocar en la Iglesia Metropolitana una reliquia del cuerpo de la inmaculada Rosa. Tenía en ella capilla y altar propio; sólo le faltaba esa preeminencia. Se reservó conseguirla el año 1807, en que se resolvió que la mencionada reliquia se condujese en la procesión que se hace todos los años, de la efigie de la Santa, para su fiesta. Se colocó en el precioso relicario que estaba preparado, habiéndose cantado solemnemente el *Te Deum*, como aparece de la certificación en las actas capitulares, en 31 de Agosto de 1807, firmada por el Secretario del Cabildo.

✠

Una de las más plausibles señales del aprecio que se hace del mérito y la virtud, es perpetuar su memoria por medio del pincel ó buril, uniendo el retrato á

(*) En esta ciudad se celebra anualmente la fiesta de Santa ROSA, con sermón y toda la solemnidad debidas, por ser tradición constante y recibida, que en aquel sitio nació Doña Isabel de Herrera, abuela materna de nuestra SANTA.

la relación de los hechos. No careció de esta distinción nuestra ínclita Rosa. El pintor romano Angelino Medoro fué el primero que la representó en el lienzo. De él se sacó la copia remitida á Roma, que existe en la sección XVI, y las que se multiplicaron en el Santuario, en el monasterio de Santa Catalina y en otras casas religiosas y particulares. Ellas debían grabarse en los corazones de sus fieles para la imitación, y esculpirse en láminas de oro con buriles de diamante, para perpetuo recuerdo.

✠

¡Rosa sublime, que llenais el orbe católico de vuestra celestial fragancia y recibís en el Empíreo el premio de vuestras acciones, emplead ante el divino acatamiento, vuestra poderosa intercesión á favor de vuestra amada patria, como lo teneis prometido. Mientras respirasteis sobre la tierra fuísteis muy celosa de su dicha; no la olvideis ahora que reinais con Jesucristo en las alturas. Segura de vuestra salud, promoved eficazmente la de vuestro pueblo, á fin de que, después de una vida pacífica, fiel y sumisa, logre seguir vuestras huellas en una eternidad dichosa!

Á SANTA ROSA DE LIMA

(SONETO)

Salve sin fin! oh Rosa incomparable!
Á quien Lima custodia cual tesoro,
Tan rico, tan valioso y apreciable,
Que ante tí, polvo ruín estima el oro.

Eres Rosa una joya codiciable,
Porque dás á tu suelo alto decoro,
Tan preciada, tan bella, tan amable,
Que todos á tu aplauso le hacen coro.

Y es tal el brillo que á tu Patria prestas,
Que ya surgen contiendas bien molestas (*)
Por robarle la gloria de tu cuna;

Mas, en vano; que á Lima y sólo á Lima
La Rosa que Jesús en tanto estima
El cielo dió por singular fortuna.

(*) Ha habido ESCRITOR americano, que pretendiese REIVINDICAR para su patria la gloria de serlo de esta SANTA. Pero.....

(FRAGMENTO)

.....

Flor peregrina, perfumada Rosa,
Que en América surges bendecida,
Y, escondiendo en el cielo tu corola,
Tan sólo el tallo le dejaste á Lima.

Ese tallo es el polvo que guardamos
Por consuelo, siquiera, de tu ausencia,
En urna preciosísima encerrado,
Como un tesoro de la Patria nuestra.

Entre tanto, tú allá, del Paraíso
Los cármenes hermosos embelleces,
Y ante la gloria del Eterno Trío
Tus aromas exhalas dulcemente.

* * *

DOS TRADICIONES

SOBRE SANTA ROSA DE LIMA

POR

RICARDO PALMA

I

ESQUIVE VIVIR EN QUIVE

A POCO más de quince leguas de Lima, vénse las ruinas de una población que, en otro tiempo, debió ser habitada por tres ó cuatro mil almas, á juzgar por los vestigios que de ella quedan.

Hoy no puede ni llamarse aldehuela; pues en ella sólo viven dos familias de indios, al cuidado de un tambo ó ventorrillo, y de la posta para los viajeros que se dirigen al Cerro de Pasco.

Amigo, *esquive vivir en Quive*—era un refrancillo popularizado, hasta principios de este siglo, entre los habitantes de la rica provincia de Canta. Y como todo refrán tiene su porqué, ahí vá, lector, lo que he podido sacar en claro sobre el que sirve de título á esta tradicioncita:

✠

Por los años de 1597, habitaba en Quive don Gaspar Flores, natural de Puerto-Rico y ex-alabardero de la guardia del Virrey, administrador de una boyante mina del distrito de Araguay, mina que producía metales de plata cuyo beneficio dejaba al dueño doscientos marcos por cajón. Acompañaban al administrador su esposa doña María Oliva y una niña de once años, hija de ambos, llamada Isabel, predestinada por Dios para orgullo y ornamento de la América que la venera, en los altares, bajo el nombre de Santa Rosa de Lima.

Como sus vecinos de Huarochirí, los canteños fueron rebeldes para someterse al yugo de la dominación española, dando no poco que hacer á don Francisco Pizarro; y como aquellos se mostraron también harto rehacios para aceptar la nueva religión.

En 1597 emprendió Santo Toribio la segunda visita de la diócesis, y detúvose una mañana en Quive para administrar á los fieles el sacramento de la confirmación. El párroco, que era un fraile de la Merced, habló al digno prelado de la ninguna devoción de sus feligreses, de lo mucho que trabajaba para apartarlos de la idolatría y de que, á pesar de sus exhortaciones, ruegos y amenazas, escaso fruto obtenía. Afligióse el Arzobispo de escuchar informes tales, y encaminóse á la capilla del pueblo donde sólo encontró dos niños y una niña que, llevados por sus padres, recibieron la confirmación.

La niña se llamaba Isabel Flores.

Con ánimo abatido salió Santo Toribio de la capilla, convencido de que la idolatría había echado raíces muy hondas en Quive cuando, entre más de tres mil almas, sólo había encontrado tres familias de sentimientos cristianos.

Los muchachos, aleccionados, sin duda, por sus padres, esperaban al santo Arzobispo en la calle, y lo siguieron hasta la casa donde se había hospedado, gritándole, en quechua y en son de burla:

—Narigudo! Narigudo! Narigudo!

Dice la tradición que su ilustrísima no levantó la mano para bendecir á la chusma, sino que, llenándosele los ojos de lágrimas, murmuró:

—¡Desgraciados! No pasareis de tres!.....

✠

Temblores, derrumbes en las minas, pérdida de cosechas, copiosas lluvias, incendios, caída de rayos, enfermedades y todo linaje de desventuras, contribuyeron á que, antes de tres años, quedase el pueblo deshabitado, trasladándose á los caseríos y aldeas inmediatas los vecinos que, tras tantas calamidades, quedaron con resuello.

Desde entonces, nunca han excedido de tres las familias que han habitado Quive; agregando el cronista, de quien tomamos los principales datos de esta tradición: —«es tanta la fe que tienen los indígenas, en la profecía de Santo Toribio, que por ningún interés se establecería en el pueblo una cuarta familia, pues dicen estar seguros de que morirían en breve y de mala muerte.»

✠

En el censo oficial de 1876, ya no figura el nombre de Quive ni como humilde aldehuela.

La profecía de Santo Toribio está cumplida!!!

En cuanto á la casa en que vivió Santa Rosa de Lima y que, de vez en cuando, es visitada por algún viajero curioso, la religiosidad de los canteños poco ó nada cuida de su conservación.

Lima, 1883.

II

EL ROSAL DE ROSA

POR los años de 1581, el griego Miguel Acosta y los navieros y comerciantes de Lima hicieron una colecta que, en menos de dos meses, subió á cuarenta mil pesos, para fundar un hospital destinado á la asistencia de marineros, gente toda que, al llegar á América, *pagaba la chapetonada*, frase con la que nuestros mayores querían significar que el extranjero, antes de aclimatarse, era atacado por la terciana y por lo que entonces se llamaba *vicho alto*, y hoy disentería.

Establecióse así el hospital del Espíritu-Santo, suprimido en 1821, y que desde entonces ha servido de Museo Nacional, de Colegio para señoritas, de Escuela militar, de Filarmónica, de Cuartel, de Comisaría, etc., etc. Los Pontífices acordaron al hospital del Espíritu-Santo gracias y preeminencias que no dispensaron á otros establecimientos de igual carácter en Lima.

Al respaldo del sitio en que se edificó el hospital quedaba un lote espacioso, en el cual el propietario, Gaspar Flores, edificó toscamente (que don Gaspar no era rico para emprender lujosa fábrica) unos pocos cuartuchos, en uno de los cuales naciera el 30 de Abril de 1586 su hija Isabel, ó sea Santa Rosa de Lima, siendo Pontífice Sixto V; Rey de España y

sus colonias Felipe II; Arzobispo de Lima Toribio de Mogrovejo; y Virrey del Perú don Martín Henríquez, el *gotoso*, aquel que, después de ventiun meses de gobierno, se fué al mundo de donde no se vuelve, sin haber hecho nada de memorable en el país. Fué de los gobernantes que, en punto á obras públicas, realizan la de adoquinar la vía-láctea y secar el océano con una esponja.

Gran espacio de terreno ocioso quedaba en el casarón de don Gaspar Flores, que su hija supo convertir en huerto y jardinillo.

Por aquel siglo, más afición tenían, en Lima, al cultivo de árboles frutales que á la floricultura; y tanto que en los jardines domésticos, que públicos no los había, apenas si se veían plantas de esas que no reclaman esmero. La flor de lujo era el clavel, en toda su variedad de especies.

Las rosas no se producían en el Perú; pues, según lo afirma Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, los jazmines, mosquetas, clavellinas, azucenas y rosas, no eran conocidas antes de la conquista. Grande fué, pues, la sorpresa de la virgen limeña cuando se encontró con que espontáneamente había brotado un rosal en su jardinillo; y rosal fué, que de sus retoños se proveyeron las familias para embellecer corredóres, y para adornar las limeñas sus rizadas, negras y profusas cabelleras.

Y tan á la moda pusiéronse las rosas, que el empirismo médico descubrió en ellas admirables propiedades medicinales; y las hojas secas de la flor se guardaban, como oro en paño, para emplearlas en el alivio ó curación de complicadas dolencias. Mendiburu en su artículo *Lozano*, dice que las primeras rosas que se produjeron en Lima fueron las del jardín del Espiritu-Santo confundiendo éste, por la vecindad, con el de nuestra egregia limeña.

Cuentan que cuando, en 1668, presentaron al Papa Clemente IX, el expediente para la beatifica-

ción de Rosa, no pudo disimular el Padre Santo una ligera desconfianza, y murmuró entre dientes:

—¿Santa? ¿Y limeña? Hum! Hum! Tanto daría una lluvia de rosas.

Y el milagro fué patente; porque perfumadas hojas de rosas cayeron sobre la mesa de Su Santidad.

Añaden que nació de este incidente el entusiasmo del Papa por Rosa de Lima; pues, en dos años, expidió, amén del breve para su beatificación (12 de Febrero de 1668), otros seis en honor de nuestra compatriota. El último fué nombrándola patrona de Lima y del Perú, y reformando la constitución de Urbano VIII para acelerar los trámites de canonización, la que realizó su sucesor, Clemente X, dos años después, en 1671, junto con la de San Francisco de Borja, Duque de Gandía y general de los jesuitas. Santa Rosa fué canonizada á los cincuenta y cuatro años de su fallecimiento.

Muerto Clemente IX, en Diciembre de 1669, hallóse en su testamento un fuerte legado para construir en Pistoya, su ciudad natal, una espléndida capilla á Santa Rosa de Lima.

El dominico Parra, en su *Rosa Laureada*, impresa en Madrid en 1670, dice que la primera firma que, como Monarca, puso Felipe IV, fué para pedir la beatificación de Rosa, y añade que el 7 de Octubre de 1668, día en que celebraron los madrileños las fiestas de beatificación, se vió lucir una estrella vecina al sol.

✠

Cuando, en Febrero de 1672, siendo Virey el Conde de Lemus, Marqués de Sarria y Duque de Taurifanco con grandeza de España, se efectuaron las fiestas solemnes de canonización, las calles de Lima fueron pavimentadas con barras de plata, estimándose, según lo afirman cronistas que presenciaron las fiestas, en ocho millones de pesos el valor de

ellas y el de las alhajas que adornaban los arcos y altares.

Fué entonces cuando don Pedro de Valladolid y don Andrés Vilela, propietarios, á la sazón, de la casa y jardinillo, cedieron el terreno para que en él se edificase el Santuario de Rosa de Lima.

El rosal que ella cultivara se trasplantó al jardín que tienen los padres dominicos, en el claustro principal de su convento.

Lima, Abril de 1886.

Date Due

Library Bureau Cat. no. 1137

Duke University Libraries
D00935815V

985.2 R788D 160638

Vida Edificante

985.2 R788D 160638